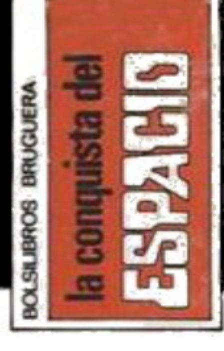


COMPRO MOMIAS SIDERALES

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



COMPRO MOMIAS SIDERALES

Ralph Barby

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

495 – Huida a las estrellas, *A. Thorkent*.

496 – El imperio de las profundidades, *Kelltom McIntire*.

497 – La roca asesina, *Joseph Berna*.

498 – Metal candente, *Curtis Garland*.

499 – Invasión de seres horrendos, *Lou Carrigan*.

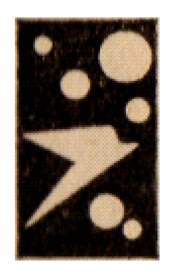
RALPH BARBY

COMPRO MOMIAS SIDERALES

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 500

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 809 - 1980

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: marzo, 1980

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Arthur, Arthur! —llamó excitado Zringi, sin abandonar su butaca frente al panel de teledetectores—. ¡Ya lo tengo!

—¿Seguro?

—Sí, sí, está a distancia pero lo tengo, lo tengo.

Arthur Lamse fue hacia su compañero y ayudante en el viaje espacial.

-—Sí, tienes razón, ya lo tenemos —asintió, mirando la vibropantalla del súper radar.

—Le daré de comer al ordenador la situación para que compute las coordenadas.

—Adelante.

—Seguro que no es terrícola.

—¿Y diwonícola?

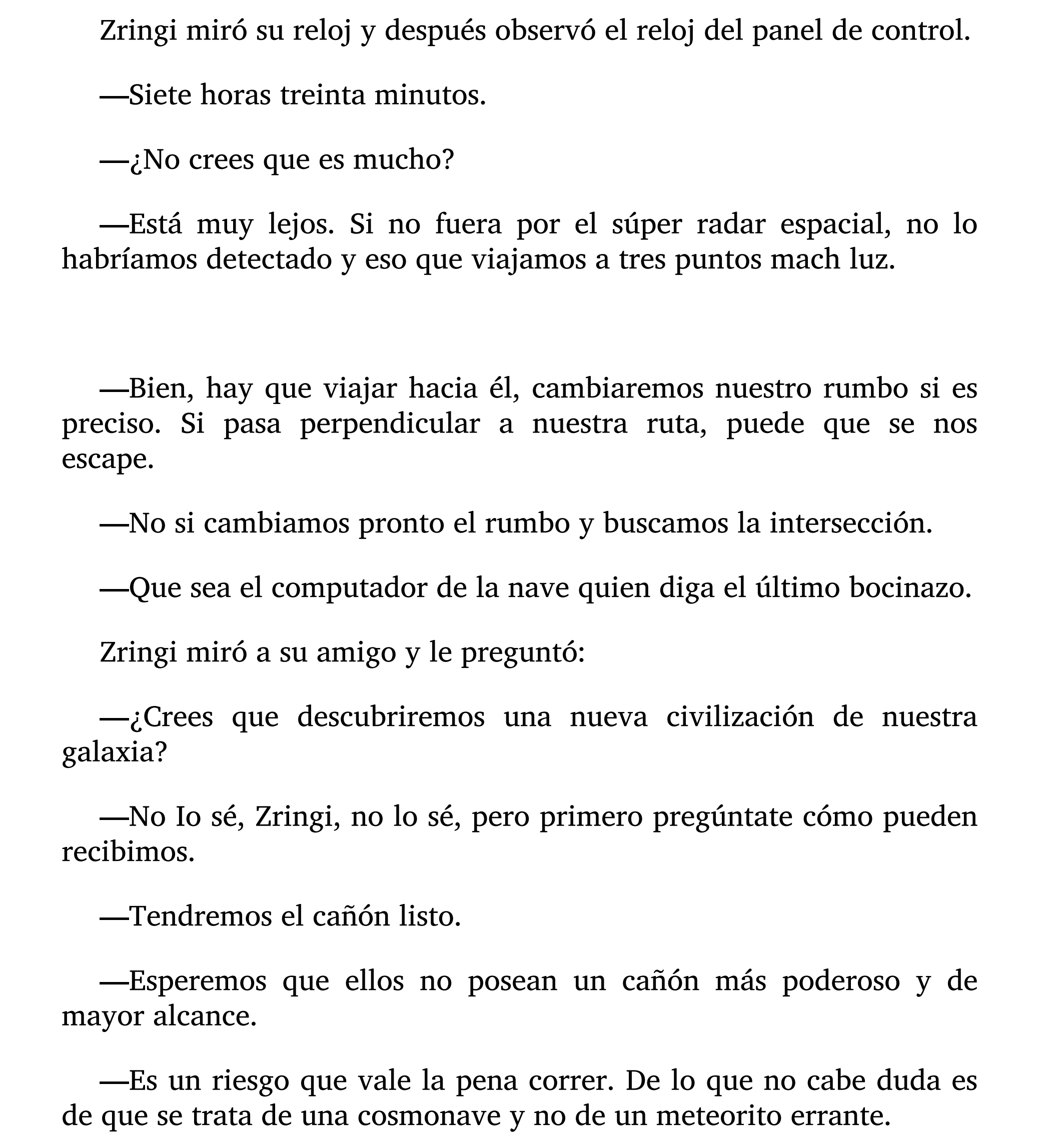
—No, creo que tampoco.

—¿Por qué?

Zringi se encogió de hombros; era un hombre temperamental, no poseía la frialdad de su comandante, el cosmonauta Arthur Lamse.

—Intuición.

—Bien, seguiremos adelante. ¿Cuándo crees que lo tendremos en la telepantalla?



Zringi miró su reloj y después observó el reloj del panel de control.

—Siete horas treinta minutos.

—¿No crees que es mucho?

—Está muy lejos. Si no fuera por el súper radar espacial, no lo habríamos detectado y eso que viajamos a tres puntos mach luz.

—Bien, hay que viajar hacia él, cambiaremos nuestro rumbo si es preciso. Si pasa perpendicular a nuestra ruta, puede que se nos escape.

—No si cambiamos pronto el rumbo y buscamos la intersección.

—Que sea el computador de la nave quien diga el último bocinazo.

Zringi miró a su amigo y le preguntó:

—¿Crees que descubriremos una nueva civilización de nuestra galaxia?

—No Io sé, Zringi, no lo sé, pero primero pregúntate cómo pueden recibimos.

—Tendremos el cañón listo.

—Esperemos que ellos no posean un cañón más poderoso y de mayor alcance.

—Es un riesgo que vale la pena correr. De lo que no cabe duda es de que se trata de una cosmonave y no de un meteorito errante.

Fueron proporcionando datos al ordenador central de la cosmonave y mediante el programador, Arthur Lamse dió orden a la computadora de buscar la intersección.

—¿Vas a colocar mando automático?

—Sí, hasta que la aproximación sea suficiente para efectuar un acercamiento manual.

—De acuerdo, a ver si tenemos suerte y no hacemos un gasto de energía sin fruto visible.

—Habremos dado un paseo por las estrellas —observó Arthur.

Habían pasado escasos minutos cuándo la cosmonave comenzó a silbar. Se encendieron luces rojas en el panel y la voz parlante del ordenador central comenzó a dejarse oír.

—Atención, atención, habla ordenador, habla ordenador. Cuenta atrás. En treinta segundos, puesta en marcha motores. Cambio rumbo según programación, cambio rumbo según programación... Cuatro, cinco, tres... Siete, dos, uno... Cuatro, cinco, tres... Siete, dos uno... Tiempo, cinco mach luz. Atención, diez segundos, nueve, ocho...

—¿Estás bien agarrado, Zringi?

—Sí.

—Ya sabes que el ordenador no es tan fino como nosotros.

—Lo sé, cualquier día le cierro la bocina que tiene por boca.

—...Dos, uno, cero... ¡Fuego!

Brotó una llamarada blanquísima por la proa de la cosmonave y se impulsó hacia delante, mas la tobera posterior era móvil como la cola de un insecto y la nave cambió de rumbo y vibró toda ella hasta que los motores dejaron de funcionar.

—Ya estamos en rumbo, Zringi.

—Perfecto.. —Miró el súper radar y opinó—: Ahora sí que la tenemos centrada.

—Conecta la telecámara.

—Ya está.

—¿Se ve algo?

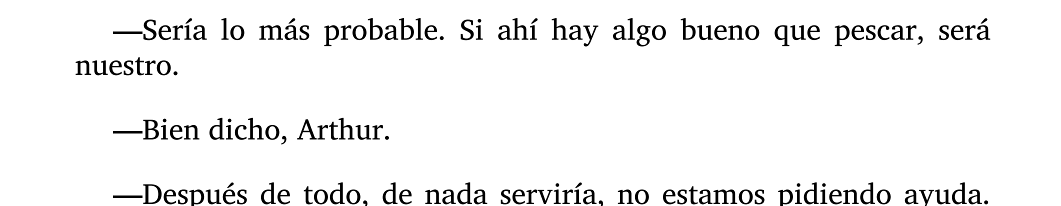
—No, todavía estamos lejos.

—Bien, esperaremos.

—¿Qué hacemos, Arthur, avisamos a la base volante nueve?

—No.

—¿Tienes miedo de que venga otra cosmonave por aquí?



—Sería lo más probable. Si ahí hay algo bueno que pescar, será nuestro.

—Bien dicho, Arthur.

—Después de todo, de nada serviría, no estamos pidiendo ayuda. —Hizo una pausa y añadió—: Por ahora.

—¿Crees que nos van a dar un disgusto?

—No lo sé. Cuando les tengamos en pantalla, hay que abrir todas las frecuencias de onda y enviar un mensaje de amistad con nuestra identificación y esperar la respuesta.

—¿Y si no contestan?

—Esperaremos a ver qué hacen. Pueden reaccionar aumentando su velocidad para intentar un distanciamiento o, por el contrario, disminuir su velocidad.

—El telespectrógrafo dice que sus motores no funcionan. Esa nave va fría, bueno, despide un ligero calor.

—Lo que indica que dentro tiene vida.

—Sí, eso es lo que hay que deducir —asintió Zringi.

Arthur Lamse se puso a trabajar con el ordenador para llevar a cabo sus cálculos astronómicos y averiguar si la nave que habían detectado hallaría algún tropiezo en su ruta rectilínea, tal como un meteorito, un asteroide, un planeta, o viajaba directamente hacia el núcleo casi eternamente en llamas de una estrella.

—Parece que la trayectoria ha sido muy bien calculada —opinó Arthur Lamse.

—¿No hay tropiezos?

—En absoluto. Con el rumbo que llevan pueden viajar varios años luz sin colisionar con nada, salvo que aparezca algo no computado por nosotros.

—Puede ser casualidad.

—Sí puede ser casualidad, pero yo me inclino a suponer que no lo es. Me parece un rumbo bien calculado. Ahora viajan por inercia, no tienen más consumo energético que el estrictamente necesario para

conservar la vida biológica y el instrumentar de a bordo.

Pasaron las horas. Al fin, Zringi exclamó:

—Ya está, ya lo tenemos.

—Pásalo a la pantalla grande.

La imagen se fue haciendo más nítida, más clara en pantalla. Los perfiles estaban perfectamente claros y visibles.

—No he visto jamás una nave como ésa —comentó Zringi.

—Yo tampoco. Además, su color cinabrio oscuro no encaja con nuestras teorías sobre la refracción de la luz.

—Sin embargo, refleja luz.

—Sí, pero debe ser una aleación distinta a lo que nosotros conocemos.

Fueron acercándose más y más.

En realidad, el ordenador de la cosmonave terrícola había hecho los cálculos para una intersección completa, lo que equivalía a decir que si en los últimos momentos no efectuaban una deceleración con un control manual, chocarían.

—No hay respuesta, Arthur, nada de nada.

—¿Ni la más mínima emisión?

—Nada, no emiten señal alguna.

—¿Crees que estaría vacía?

—No sé, no tiene aspecto de ser chatarra sideral.

—Siempre cabe la posibilidad de que sea chatarra sideral. Nosotros los terrícolas hemos enviado al espacio montones de naves que una vez cumplido su objetivo, prosiguen un viaje eterno que sólo se trunca en el momento en que chocan contra algún meteorito o se ven atraídas por los siniestros agujeros negros del espacio.

—Siempre he temido a los agujeros negros, es como quedar atrapados por las garras del infierno.

—No caeremos en esa trampa, los agujeros negros se detectan a mucha distancia.

—Sí, pero su gravedad es muy fuerte. No seríamos los primeros cosmonautas desaparecidos en el espacio, engullidos por uno de esos siniestros agujeros negros donde ni la luz regresa.

Todas las tentativas para establecer comunicación con la extraña nave fueron inútiles.

Arthur Lamse tomó el mando y puso en ignición los retrocohetes para evitar la colisión. Se colocó por encima del lomo de la nave que poseía infinidad de tubos exteriores. No-era una nave aerodinámica adaptada para acercarse a la superficie de un planeta provisto de atmósfera. El rozamiento sería brutal y, posiblemente, toda la nave se haría pedazos.

—¿Qué tratas de hacer, Arthur?

—Colocarme encima.

—No posarás nuestras patas sobre ella, ¿verdad?

—No, sería peligroso. Vamos a echarle unos cables de sujeción.

—Si hay alguien dentro, se va a molestar —advirtió Zringi.

—No se ve a nadie. Si hubiera alguien, ya habría dado señales de vida. Nuestra aproximación ha sido lenta y hemos enviado toda clase de señales en distintas bandas de onda. Por la tecnología que se aprecia en esa nave, deben poseer sistemas para captarnos.

Arthur soltó los cables de enganche, con mando a distancia. A través de la pantalla, los fue guiando hasta sujetarlos a la extraña nave que no llevaba identificación reconocible para los terrícolas.

-—Ya los tenemos, esto es como pescar.

—Mientras no sea un tiburón galáctico —bromeó Zringi.

—Listos, todo sujeto —suspiró Arthur Lamse tras la difícil maniobra.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Zringi.

—Voy a realizar un reconocimiento.

—¿No será peligroso?

—Iré armado, pero no creo que haya peligro. Lo que me pregunto es si habrá valido la pena tanto esfuerzo, tanto gasto de energía y el habernos desviado de nuestra ruta.

—De todos modos, íbamos a explorar un asteroide. Siempre podemos dar la vuelta.

—Sí, claro. Voy a salir afuera, tú te harás cargo de nuestro cosmo-carro.

—Espero que no te ocurra nada. No tengo ganas de regresar solo, es muy pesado viajar sin compañía.

—Bah, tú ya tienes tus videotapes porno para animarte cuando estás triste.

—Es un problema viajar sin compañía femenina.

Arthur Lamse fue a buscar su equipo de supervivencia espacial. Se vistió con su traje y se fue hasta la cámara de descompresión.

—Zringi, Zringi, ¿me oyes?

—Sí.

—Voy a despresurizar la cámara para salir. Si me sucede algo, buen viaje de regreso a la Tierra *y* a la primera chica que encuentres, la besas por mí. Dile que es de parte de un tipo que se quedó entre las estrellas.

—¿Sólo le doy un beso de tu parte? —bromeó Zringi.

—Bueno, hazle lo que estás pensando y si sale niño, le pones mi nombre.

—De acuerdo, Arthur, suerte.

Las bombas de vacío succionaron con fuerza todo el aire de la cámara ahora herméticamente cerrada y que le daría paso para salir al espacio.

Arthur Lamse llevaba sujeto a la espalda el productor de aire respirable. No abultaba más de mil centímetros cúbicos, pero le daba una autonomía de doce horas.

En el centro de la espalda también llevaba el auto- cohete que le permitía moverse en el espacio y volar alrededor de la nave. En el cinturón portaba la pistola de defensa y que servía para cortar metales si se graduaba adecuadamente. Llevaba también un afiladísimo puñal, un arma básica y primitiva, pero en el caso del cosmonauta, aquel puñal poseía propiedades que ya hubieran deseado para sí los puñales del Medioevo de la civilización terrícola.

Completaba el equipo un pequeño martillo de cabeza con aleación de titanio, tungsteno y acero, lo que le daba una dureza terrible y una resistencia total a los agentes corrosivos y un repetidor de audios.

Se encendió el piloto verde. Arthur Lamse alargó su mano, enguantada, para resistir los rayos cósmicos, y pulsó el botón ancho y cuadrado que se hallaba junto a la escotilla. Esta se abrió de delante hacia atrás, de arriba abajo, de tal modo que los goznes de la puerta se hallaban en el suelo y la puerta misma se convertía en una rampa que sobresalía de la nave como la tabla de un trampolín sobre una piscina repleta de estrellas.

Arthur avanzó hacia el exterior. Siempre que salía al espacio abierto, al vacío repleto de estrellas, planetas, meteoritos, cometas, de plasma cósmico, sentía un ligero estremecimiento.

Era como acostarse por primera Vez con una mujer siendo ésta doncella. Era como violar la intimidad de un mundo de silencio que no era tal silencio según los detectores de sonidos espaciales.

La negrura más intensa les envolvía, mas las naves quedaban iluminadas por la luz del Sol terrícola.

Había llegado al límite del trampolín en que se convertía la puerta. Miró hacia abajo y a través del cristal de su yelmo espacial pudo ver la nave desconocida.

Pulsó un botón y el auto-cohete se puso en marcha. Se elevó y luego descendió hasta situarse sobre la extraña nave. La tocó con sus pies protegidos por las gruesas botas y luego se afianzó en ella. Caminó buscando una escotilla o ventana hasta que observó que lo que podían ser ventanas estaban cubiertas por paneles metálicos de protección.

—¿Me oyes, Arthur?

—Sí, te oigo.

—¿Qué has descubierto?

—Nada, todavía es un enigma para mí. Voy a buscar

la escotilla.

—¿Pretendes entrar?

—Sí.

—Es un riesgo —le advirtió Zringi.

—Voy a entrar, pase lo que pase. Estoy seguro de que esta nave será una caja de sorpresas. Tú suelta el «acordeón».

—Está bien, Arthur; te seguiré a través de la pantalla.

CAPITULO II

El acordeón era un tubo ultrarreforzado de anillos por el que podía pasar un ser humano terrícola. Servía para conectar dos naves, convirtiéndose en un pasadizo.

Arthur Lamse encontró la escotilla de la nave extraña. Se situó frente a ella, dio la vuelta y vio avanzar hacia él el tubo de dos metros de radio, todo flexible.

—Ten cuidado con la maniobra, Zringi.

—No temas, ya te voy a cazar, luego sujétalo tú.

El tubo gigante y anillado, lo que impedía que se estrangulara, encerró a Arthur Lamse. El tubo llevaba luz incorporada y el cosmonauta no quedó a oscuras. Después, fue tocando los botones de sujeción.

—Zringi, ¿me oyes?

—Sí.

—He sujetado la boca del acordeón a la nave extraña; comprueba que no haya fugas.

—Ahora mismo.

Zringi envió aire por el tubo que llamaban «acordeón». Al mismo tiempo, recibía los datos proporcionados por los sensores automáticos.

—Arthur, todo está bien.

—Perfecto, voy a tratar de abrir la escotilla.

—Suerte.

Arthur Lamse apuntó con su pistola a la apenas perceptible fisura que marcaba lo que debía ser la puerta. Disparó con la potencia de cortar metales y no tardó en obtener éxito. La fisura se hizo más grande a causa del corte y así fue siguiendo el entorno de la escotilla que no era la más grande que poseía la nave. Al fin, dio un patadón y la puerta de la escotilla se vino abajo.

—¡Arthur, Arthur, hay fuga de aire!

—Sí, ya me he dado cuenta. Parece que la nave extraña carece de aire en su interior.

—Si no hay aire, no puede haber vida.

—Eso es lo que hemos creído siempre, pero nunca se sabe. Voy a entrar, es posible que nuestra intercomunicación se corte.

—Espera, voy contigo.

—No, Zringi, tú debes seguir en nuestra nave.

—Está bien sujeta a la extraña, no nos podemos separar. Ahora bajo.

—¿Y el traje de supervivencia?

—Ya lo llevo puesto.

Arthur Lamse comprendió que Zringi se había propuesto visitar la nave. No había sido una decisión espontánea, debía haberse vestido con el traje de supervivencia mientras Arthur abría la puerta.

Sin esperar a que Zringi se reuniera con él, yendo de una nave a otra a través de aquel pasadizo móvil que era el tubo anillado, Arthur penetró en la extraña nave mientras abría el audífono de su casco

espacial para escuchar los ruidos que pudieran sonar en torno suyo. Mas no había ruidos, todo estaba en silencio, la nave semejaba abandonada.

Se enfrentó a un tablero apagado en el que había unos dibujos que podían ser letras o números de un alfabeto totalmente desconocido para los terrícolas. Era prácticamente imposible descifrar aquel código en breve plazo. Quizá con alguna computadora especializada en criptografía consiguiera algo.

Se introdujo en otra sala, quedando frente a una especie de literas donde yacían cinco cuerpos de aspecto humano, aunque con muchas y ostensibles diferencias morfológicas.

Se hallaban colocados los cinco ante una especie de altar donde había una semiesfera de cristal colocada sobre un pedestal que en sí mismo semejaba una monumental piedra preciosa de color rojo oscuro. Quizá fuera un durísimo corindón, pensó Arthur.

Dentro de la semiesfera transparente había un pedazo de mineral oscuro que irradiaba una luz amarillo-verdosa.

—Arthur, están muertos.

Se volvió. Cerca, muy cerca de él, estaba Zringi.

—Sí, muertos. Los cinco debían ser la tripulación de esta nave. Fíjate, están como momificados.

—Eso es que se quedaron sin aire.

Se acercaron más a aquellos seres que permanecían sobre las literas. Era indudable que estaban muertos.

—Están tan secos como las piedras —gruñó Zringi.

—Sí, por la falta de aire y el vacío creado dentro de esta nave, han sufrido un proceso.de deshidratación completa. No parece haber ni una molécula de agua en estos cuerpos.

—Están más momificados que los faraones egipcios —observó Zringi.

—Sí, los egipcios antiguos desconocían el secado a través del vacío absoluto, además sin gérmenes y a baja temperatura. En estas circunstancias, la corrupción es imposible.

—Pero la putrefacción puede sobrevenirles ahora que nosotros les estamos inyectando aire.

—De todos modos, sería muy lenta, ya que sus cuerpos están desecados. Si les diéramos un golpe, podrían convertirse en polvo.

De pronto, Arthur Lamse captó unos ruidos que no habían sido Hechos por Zringi ni por él, unos ruidos extraños.

—¿Has oído, Zringi?

—Sí, me temo que no estamos solos.

Los dos hombres empuñaron sus pistolas y se volvieron hacia la puerta por la que habían accedido a aquella sala donde se hallaban los seres espaciales, muertos y momificados.

—No entiendo —objetó Arthur Lamse—, aquí no puede haber vida.

—Pues yo oigo ruidos que se aproximan.

—Y yo también.

Pistola en mano, aguardaron a que apareciera el sujeto que producía los ruidos.

—Arthur, es un robot —exclamó Zringi al verlo.

—Sí, y no sabemos para qué está programado.

—¿Qué hacemos, Arthur, lo fundo? —preguntó Zringi apuntando a la máquina humanoide con su pistola.

—No, espera. Quizá la clave de todo lo ocurrido aquí la posea ese robot en su memoria.

Mientras Arthur decía aquello, el monstruo mecánico se detuvo en el umbral de la puerta, impidiéndoles toda retirada.

Era un monstruo grande. La parte alta de Io que podía llamarse cabeza rozaba el dintel de la puerta y su anchura era casi la de la propia puerta. Su color era cinabrio oscuro, como el de la propia nave exteriormente, lo que equivalía a decir que el metal conque había sido construido era el mismo del fuselaje de la nave, por lo que cabía deducir que era muy resistente a golpes, fricciones, al calor y a otros rayos.

—Fíjate, Arthur, es un robot parlante.

—Sí, pero no entendemos Io que nos dice.

—¿Y si se cansa de hablarnos sin que le entendamos y nos dispara algún rayo que nos convierte en cenizas?

—Tienes razón, Zringi, hay que adelantársele por si acaso.

En aquel momento, el ojo alargado en horizontal que poseía el robot de aspecto poco amistoso fue cambiando de color. A Arthur le pareció que iba tomando el color verde amarillento del mineral encerrado en la semiesfera de cristal, mineral que parecía ser Io más importante de aquella nave.

Arthur Lamse pulsó el botón de disparo y del cañón de su arma brotó un rayo morado y ondulante que haciendo espirales en el aire terminó envolviendo al robot que dejó de hablar.

Bajó sus brazos y cerró el ojo. Una pantalla metálica lo cubrió, como protegiéndolo.

—Parece que le has dado bien, Arthur.

—Sí, ha quedado desactivado por bajón de energía.

—Y la energía de ese cacharro con patas, ¿dónde está ahora?

—Si ha quedado inmovilizado, quiere decir que la energía se ha ido a través de uno de sus contactos con la puerta o los pies que tocan el suelo. Creo que nada debemos temer de él.

—Por ahora, ¿no?

—Sí, siempre cabe la posibilidad de que se autorreactive tras un proceso de recuperación, ignoramos cuál es su fuente energética.

—Pues si se autorreactiva después de haberlo inmovilizado, se va a llevar un cabreo que mejor nos pille lejos.

—No, nosotros no nos vamos.

—¿Ah, no? ¿Qué pretendes, vender esta nave a un chatarrero industrial para desguace?

—Es una posibilidad. Nos la llevamos, creo que de esta nave sacaremos algo importante. Por de pronto, son extraterrestres y

estudiarlos va a interesar a muchos.

—El gobierno de la Confederación Terrícola la incautará; nos pagarán el combustible y una dieta de viaje desde que hemos pescado esta nave en el espacio hasta la incautación oficial y si hay algo interesante, quedaremos al margen.

—No, no regresaremos a la Tierra, sino que iremos a la metrópoli de Ganímedes.

—¿Y qué vamos a hacer en una de las lunas de Júpiter?

—Allí nadie tiene jurisdicción sobre nadie.

—Allí hay diwonícolas y también está el general Gorgow.

—Ese general tiene una fortuna muy importante.

—Sí, pero fue expulsado del planeta Diwon.

—Trató de convertirse en tirano pero no lo consiguió, fue un mal tropiezo para él. Le descubrieron antes de que obtuviera el poder y suerte tuvo de escapar con vida de Diwon.

—Y como ya no lo pudieron capturar, dictaron su expulsión a perpetuidad del planeta Diwon, por eso vive en Ganímedes.

Arthur Lamse se acercó al robot y tanteó en su cuerpo hasta que al oprimir un resorte abrió una trampilla que tenía en el pecho. Escrutó en su interior y se decidió a introducir la mano para mover un resorte.

—Creo que ahora, además de haber perdido la energía, no va a poder moverse.

Zringi forcejeó para mover el robot que ocupaba el hueco de la puerta. Al fin, lograron apartarlo.

—Hum, lo mejor hubiera sido empujarlo hasta hacerlo caer.

—No, hay que conservarlo tal como está. Recuerda que en su memoria puede que encontremos la clave de todo. Ahora, hay que trabajar duro para sujetar bien esta nave a la nuestra, no se vayan a romper los cables y suframos una avería grave y dentro de poco estemos tan muertos como esos cinco que no sabemos de qué lugar del espacio proceden.

—Yo no pienso quedarme como ésos, en plan momia.

—Ni yo tampoco, Zringi, ni yo tampoco.

Se encaminó hacia la salida tras dar una última ojeada a la sala mortuoria o panteón espacial que viajaba hacia la eternidad.

CAPITULO III

La piel del general Gorgow, al igual que la de todos los nacidos o descendientes del planeta Diwon, era escamosa, unas escamas pequeñas pero terriblemente duras que les protegían contra todo tipo de picaduras de insectos e incluso contra golpes.

Sus ojos eran grandes, el doble de los ojos terrícolas, y sus pupilas, visiblemente dilatables a cualquier cambio de luz, eran de un color rojinegro.

De cráneo dolicocéfalo, sus mandíbulas eran fuertes y resistentes, como si tuvieran que utilizarlas como arma defensiva.

Las manos resultaban grandes, con seis dedos y uñas puntiagudas de extremada dureza, capaces de clavarse en la madera.

El aspecto de los seres de Diwon, entre los cuales el general Gorgow era un terrible ejemplar, era más fuerte que el de los terrícolas.

—¿Qué has averiguado? —preguntó sin ambages. El general Gorgow era un ser al que no agradaban los rodeos.

Quien acababa de entrar en el despacho de la mansión particular que el general Gorgow poseía a las afueras de la metrópoli de Ganímedes, una de las lunas de Júpiter, no era otro que él doctor Sherman, un científico terrícola con ambiciones económicas y sociales.

Había aspirado a mucho y se había encontrado con un salario interesante pero que no resultaba suficiente para sus ambiciones; por ello, había aceptado ser colaborador secreto del general Gorgow.

—Es muy interesante —dijo, sentándose sin que el general diwonícola se lo pidiera. Abrió la tabaquera de jade marciano y extrajo un cigarrillo de mentobacco. Sacó el precinto de la punta y el

pitillo se encendió solo, gracias a un sistema automático que poseía.

—¿Interesante, interesante para qué? —inquirió el general Gorgow, casi agresivo con su voz ronca, de un bajo extremo.

-—¿Conoce a Arthur Lamse?

—Es un cosmonauta, ¿no?

—Sí. ¿Le conoce?

—Personalmente, no. Sé que es un cosmonauta aventurero, viaja con un compañero.

—Sí, se llama Zringi.

—Sí, eso es, Zringi. ¿Son ellos los que han traído una nave averiada?

—¿Ya le han informado?

—Mis servicios de seguridad me han advertido de la llegada de dos naves unidas que se han quedado en órbita de Ganímedes.

—Exacto. Arthur Lamse ha pedido al centro de investigaciones espaciales un peritaje.

—¿Peritaje, para qué?

—Para investigar la nave que han capturado en el *es*pacio.

—¿Una nave terrícola?

—No.

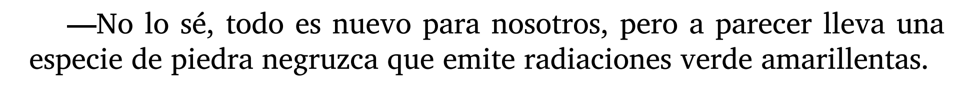
— ¿De Diwon?

—No.

—¿De dónde es, entonces?

—No se sabe, es una nave extraña, tan extraña y desconocida como los cinco cadáveres momificados que se hallan en su interior y también un robotoide al que consiguieron desactivar antes de que les desintegrara.

—¿Lleva en sus bodegas esa nave algo que pueda interesarme?



—No lo sé, todo es nuevo para nosotros, pero a parecer lleva una especie de piedra negruzca que emite radiaciones verde amarillentas.

—¿Xamonio?

—¿Xamonio? ¿Qué clase de mineral es ése, Gorgow? —inquirió, perplejo.

El general diwonícola se había excitado repentinamente.

—Ustedes, los terrícolas, no conocen el xamonio ni sus propiedades y tampoco las conocen la mayoría de los diwonícolas.

—Pero ¿qué es el xamonio, un mineral radiactivo?

—Es un mineral supraenergético. En Diwon se obtuvo artificialmente, pero en cantidades ínfimas. Teóricamente, los científicos habían llegado a la conclusión de que ese mineral tenía que existir y luego supe que lo había en un planeta muy lejano llamado Nakru.

—No había oído hablar jamás de ese planeta. ¿Nakru dice que se llama?

—Muy poca gente en Diwon sabe que existe el planeta Nakru.

—¿Por qué el secreto?

—Hace demasiadas preguntas, Sherman.

El terrícola se calló, no deseaba irritar al general Gorgow que ya de por sí era muy suspicaz pese a que delante de todos solía mostrarse agresivo y fanfarrón.

La circunstancia de hallarse expulsado de su planeta había imprimido un sello especial a su carácter dominante, autoritario y despótico en muchas ocasiones. Sherman ya le conocía bien.

—Creo que Arthur Lamse y su amigo desconocen las propiedades del xamonio. Es posible que lo bauticen de otra manera.

—Si no saben manejarlo adecuadamente, se desintegrarán.

—¿Quienes lo toquen?

—Y las naves también. La fuente supraenergética es incalculable, quiero una entrevista con ese Lamse.

—No sé si aceptará, es un aventurero.

—Mejor, así sabrá lo que puede interesarle y no le hable ni una sola palabra del xamonio.

—¿De qué le hablo entonces?

—Dígale en tono muy secreto que yo he conocido a algunos seres de Nakru y que me interesan las momias.

—¿Para qué?

—Es asunto mío, pero ése es todo mi interés teórico. Yo podría llegar a hacer un pacto con los seres de Nakru; es posible que a través de los telecomunicadores espaciales que posee esa nave pueda comunicarme con el planeta Nakru.

—¿Y si lo intentan ellos?

El general Gorgow se echó a reír.

—No lo conseguirán jamás, no serán capaces de hablar ni comprender los códigos de lenguaje que emplean los seres de Nakru.

—¿Y la telepatía?

—Eso podría ser si estuvieran vivos, pero usted mismo ha dicho que están momificados.

—Sí, es cierto. Verá, tengo una duda.

—¿Cuál?

—Si llevo a cabo esa gestión, se darán cuenta de que trabajo para usted.

—Hágalo en secreto, le pagaré bien. Si ese Arthur Lamse entrega la nave capturada al gobierno confederal terrícola y yo pierdo esta oportunidad, destruiré la nave, destruiré el xamonio, a ese aventurero terrícola llamado Arthur Lamse y le destruiré a usted también, Sherman nadie escapará a mi venganza.

Sherman estaba seguro de que el general cumpliría sus amenazas. No habían sido pocas las muertes y desapariciones habidas en Ganímedes y que en voz baja se atribuían al general del planeta Diwon, pero nadie se atrevía a acusarle abiertamente ni a enfrentársele.

—Está bien, veré qué puedo hacer, pero con esos aventureros cosmonautas, nunca se sabe cómo van a reaccionar.

—Tengo naves suficientes para acercarme a esas naves y abordarlas.

—Si lo hace, puede costarle caro.

—¿Caro? —Volvió a reírse, despectivo—. No le temo a nada ni a nadie, ni a terrícolas ni a diwonícolas, a nadie —repitió tajante—. Ahora, Sherman, utilice sus mejores armas de relaciones públicas, porque antes de veinticuatro horas quiero una cita con ese Lamse; si no la consigo, lo haré yo directamente, pero usted considérese desaparecido.

El doctor Sherman se dijo que jamás antes el general Gorgow lo había amenazado de una forma tan directa. En aquella entrevista, acababa de mostrarse tal cual era.

Por su parte, Sherman no era violento ni agresivo y le tenía miedo. Hasta aquel momento, todo había ido bien. Solía entregarle al general los informes que éste le pedía y que en realidad no eran más que los despegues y llegadas de naves, datos que Sherman extraía de los ordenadores sin que nadie lo descubriera.

Ahora, Gorgow era más exigente, más intimidatorio, más despótico. Sherman estaba seguro de que terminaría por apoderarse del xamonio que tanto parecía interesarle. ¿Quién se lo iba a impedir en Ganímedes?

CAPITULO IV

Arthur Lamse presenciaba el espectáculo fumando un cigarrillo de mentobacco y teniendo al alcance de la mano un star-cocktail burbujeante, gélido, despidiendo un gas aromático que semejaba arder.

El espectáculo era intrascendente, un ballet de muchachas terrícolas que deseaban agradar a la concurrencia masculina, no podía decirse que tuvieran mucho arte.

Entre ellas se abrió paso una mujer terrícola, más alta y esbelta, era una mujer de cabellos rubios muy largos, con un cuerpo ágil y elástico. Su vestido de actuación era tan llamativo como escaso, por

ello se podían apreciar y valorar mucho mejor las líneas de su hermoso cuerpo.

Cantaba y bailaba y Arthur Lamse convenía con Zringi que no era lo mismo presenciar aquellas actuaciones en videocasete de divertimiento qué al natural, sabiendo que la mujer estaba cerca, que su calor casi podía apreciarse a distancia, que su piel era de una suavidad de terciopelo.

Tuvo la impresión de haber visto aquel bello rostro en alguna parte.

«Seguramente, en uno de los videotapes que Zringi siempre llevaba consigo para no aburrirse», pensó.

Cuando la actuación concluyó, la hermosa cantante y bailarina se llevó muchos aplausos y silbidos de felicitación. Arthur la vio desaparecer entre los cortinajes. Al poco, le sorprendió una voz femenina que le preguntó:

—¿Puedo sentarme?

Volvió la cabeza hacia arriba y Su mirada pudo ver desde los muslos hasta las redondeces de los senos de la joven. Al fin, sus pupilas se detuvieron en aquel rostro hermoso que poco antes cantaba.

—Es un placer para mí.

Ella se sentó frente a él. Moviendo los dedos, le pidió:

—¿Un cigarrillo?

—Los que quieras.

La joven comenzó a fumar. Después, casi con desafío, preguntó:

—¿Sabes quién soy?

—La verdad, no he leído la pantalla de presentación de artistas que hay en la entrada.

Ella sonrió, ahora más abiertamente.

—Comprendo, has viajado mucho por entre las estrellas y cuando llegas a la metrópoli de Ganímedes no te preocupas de quien canta ni deja de cantar. Entras en el Sídero Club para divertirte un rato y eso

es todo.

—Has acertado.

—¿Has llegado hoy?

—Digamos que hoy he descendido al planeta, porque estoy dándole vueltas a Ganímedes algún tiempo.

—¿Tienes tu nave en órbita?

—Sí, y tú pareces un comisario haciendo preguntas.

—¿Te molesta?

—No, si tú crees que este diálogo es interesante.

—Soy Minerva.

—Bien, ya sé cómo te llamas.

—Y tú eres Arthur Lamse.

—No me digas... ¿Tan famoso soy?

Minerva se echó a reír.

—Tú naciste en una casa frente al océano Pacífico, allá en nuestro planeta Tierra, una casita con primitivo tejado rojo, como hace siglos ya no se construyen.

—¿Cómo lo sabes?

—¿De verdad no te acuerdas de la pequeña Minerva?

Arthur parpadeó, incrédulo.

—¿Aquella niña que no hablaba nunca y que siempre tenía los dientes metidos en un helado?

—Exactamente. Por lo visto, he cambiado mucho.

—Y que lo digas, has cambiado para sorprender.

—Tú también has cambiado, pero he visto algo de ti en algún noticiero, aventurero cosmonauta. Fuiste el primero en llegar al planeta Zero-10, el primer terrícola que salió de los confines de nuestro sistema solar para entrar en otro.

—Sí, hablaron un poco de mí, pero eso no me proporcionó nada de interés.

—No te suponía tan materialista.

—Es que me han enseñado que sin dinero no hay nada que hacer. Yo no pertenezco a las milicias ni trabajo para nadie, pago mi cosmonave a plazos y he de encontrar mineras o lo que sea que me permita seguir con mis viajes.

—Cuando yo no levantaba tres palmos del suelo, recuerdo que tú eras un muchacho muy dinámico. Siempre andabas corriendo de un lugar a otro, jugabas a fútbol y te gustaba la natación. Yo te miraba con envidia.

—Si yo fuera mujer, ahora sí te miraría yo a ti con envidia.

—Si yo fuera hombre, haría lo propio. Bueno, ¿no crees que nos hemos lanzado suficientes flores?

—Soy un idiota, ¿verdad?

—No, en todo caso lo somos los dos.

—Cuando un cosmonauta pasa mucho tiempo en su nave entre las estrellas, corre el riesgo de volverse loco. Tendríamos que parar en metrópolis como ésta más a menudo, lo malo es que cuando se quieren encontrar cosas que valgan la pena hay que viajar muy lejos v eso lleva tiempo aunque se disponga de una nave ultrarrápida como la mía.

—Y ahora, ¿cuánto tiempo estarás en Ganímedes?

—No lo sé, pero dentro de unas cuantas horas tengo que ir a relevar a mi compañero. Hemos contratado los servicios de unos cosmonautas para estar más descansados.

—¿Pocas horas o muchas?

—Sea pocas o muchas, siempre le puedo decir a mi compañero que voy a retrasarme un poco. Nosotros no somos la milicia cosmonáutica confederal terrícola y podemos permitimos ciertos lujos.

—Si esperas a que termine mi segunda actuación, podremos estar juntos. ¿Has visto el lago Rubí de cerca?

—No, lo he visto desde arriba, claro que poseo unas potentísimas

telecámaras.

—Nunca es lo mismo al natural. Esta noche tenemos al gran Júpiter iluminado en toda su redondez y es cuando el lago Rubí se ve más rojo que nunca.

—Las noches plenijupiterianas en Ganímedes son las noches más hermosas que yo he vivido jamás. En el planeta Tierra creíamos que las noches de plenilunio lunar eran las más bellas, pero las superan las noches plenijupiterianas de Ganímedes.

—Sí, son muy hermosas. ¿Sabías que el lago Rubí es un cráter?

—Sí, un cráter de origen volcánico que tiene millones de años. Luego se llenó de agua.

—No has estado pero lo conoces bien.

—Me gusta conocerlo todo. No olvides que soy un aventurero del espacio y necesito saber mucho de geología cósmica.

—Ya me hablarás luego de todo esto, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Ahora he de ir a prepararme para mi segunda y última actuación por esta noche.

Minerva abandonó la mesa.

Arthur la vio alejarse, cimbreante, y también captó las miradas de otros hombres que se hallaban en el Sídero Club y que le observaban a él con envidia.

Bebió de su cóctel burbujeante y se dispuso a esperar que Minerva reapareciera en el escenario, inundándolo con su belleza de mujer terrícola.

—Buenas noches, comandante Lamse.

Arthur se había ensimismado, tratando de sacar de sus recuerdos de muchacho la presencia de una niña muy pequeña, pues apenas le llegaba a la cintura, y que siempre estaba comiendo helados, cuando la presencia de un hombre le distrajo.

—Sí, ¿ocurre algo?

—Soy el doctor Sherman.

—¿Médico?.

—No, físico telecinético. Quería hablar unos minutos con usted, comandante.

—Soy comandante de mi propia nave y nadie me llama así.

—Está bien, señor Lamse.

—Olvídese del «señor».

—¿No le gustan los tratamientos?

—No.

—Como quiera. —Se sentó sin que el propio Arthur le invitara a ello.

—Oiga, si trata de venderme algo, lo siento, me ha pillado en un mal momento, no estoy apto para negociar. Es mi tiempo de ocio, ¿lo comprende, verdad?

—Sí, lo comprendo perfectamente, pero yo no vengo a venderle nada, sino a proponerle algo que puede ser un excelente beneficio para usted, seguro que le interesará.

—¿Beneficio? Siempre se empieza hablando de beneficios y luego es todo lo contrario.

—Digamos que represento a un personaje muy importante.

—Y ese personaje, ¿qué quiere de mí?

—Una entrevista.

—¿Para qué?

—Está interesado en algo que usted posee.

—Ya, está interesado en la nave que encontré perdida en el espacio.

—Es posible.

—¿Para qué la quiere?

—Mi misión se limita a preparar una entrevista entre ustedes, nada más.

—Por ahora, la nave no está en venta.

—Nadie le obliga a vender, pero una entrevista no le hará perder más que un poco de su tiempo e, insisto, que puede ser muy beneficioso para ambos.

—¿Por qué no se espera, que los peristas evalúen lo que hay en la bodega de esa nave extraña?

—Tendrá tiempo, mucho tiempo. Los peristas pueden seguir trabajando, es lógico que así lo hagan. Según las normas del espacio, el que se encuentra una nave a la deriva espacial y la retiene y controla, pasa a ser su propietario.

—Exactamente, yo soy el propietario de esa nave que encontré en el espacio y aunque sea vendiéndola a precio de chatarra, sacaré algo.

—Usted sabe, tan bien como yo, que si la lleva al planeta Tierra las autoridades se la confiscarán y le pagarán un precio más que ajustado.

—Sí, lo sé.

—Por eso está aquí, ¿no es cierto? —preguntó malicioso el doctor Sherman.

—Estoy aquí porque me apetece, por no decirle algo más grosero.

—Disculpe si le he molestado.

En aquel momento se abrió el telón y apareció la bellísima Minerva; era su actuación.

—Por favor, déjeme ahora, estoy interesado en Minerva.

El doctor Sherman miró desdeñoso a la bellísima cantante.

—Es muy hermosa, pero quizá le interese más una entrevista con el general Gorgow.

—Ah, conque era él…

—¿Cómo?

—¿Por qué trabaja usted para él, siendo terrícola?

—Todos trabajamos para quien mejor nos paga y el general Gorgow es generoso con quienes le sirven bien.

—Yo sólo me sirvo a mí mismo —puntualizó Arthur.

El doctor Sherman no parecía dispuesto a darse por vencido pese a los tonos expeditivos de Arthur. Sudaba ligeramente pese a la perfecta climatización del club.

—¿Le parece bien la entrevista para dentro de catorce horas?

—Está bien, veré al general Gorgow.

El doctor Sherman suspiró de alivio y ya más tranquilo propuso:

—¿Dónde desea que le pasen a recoger?

—Al hotel Cosmópolis.

—Así se hará, gracias.

Arthur Lamse ni se dio cuenta de que el doctor Sherman se alejaba; no le prestó atención porque sus ojos estaban fijos en Minerva y se daba cuenta de que ella también le miraba a él.

Era como si le gritara con sus ojos que aquella actuación se la dedicaba a su amigo de la infancia.

CAPITULO V

Se dejó llevar.

Resultaba muy cómodo estirar las piernas dentro del veloz atom-hover-craft que pilotaba la propia Minerva.

El vehículo, un metro elevado del suelo, sin más rozamientos que los del aire, circulaba rápido cruzando los paisajes del siempre desconcertante Ganímedes.

El padre Júpiter mostraba su gigantesca redondez, iluminada por la luz del Sol. Era un círculo inmenso que se comía gran parte del

cielo y apenas dejaba ver las estrellas.

—Ganímedes ganó muchísimo con la repoblación forestal que hicimos conjuntamente terrícolas y diwonícolas —comentó Minerva.

—Sí, son bosques feraces. Nuestro planeta posee una tierra consumida por milenios de vegetación; por contra, Ganímedes es un planeta joven, porque aunque sea un satélite de Júpiter no se le puede llamar simplemente luna; sin embargo, Júpiter impone mucho ahí arriba, con su enorme masa.

—También es muy hermoso verlo cuando está por la mitad, saliendo de detrás de las aguas. Por lo menos, ésa es la impresión que da.

—Sí, acostumbrados a ver la luna terrestre sorprende vivir en Ganímedes y tener por lima a Júpiter, cuando en realidad es a la inversa, porque Ganímedes es una de las lunas de Júpiter.

—Pero, como tú has dicho, ésa es la impresión que da. Júpiter nos rechaza, no nos quiere, su masa es demasiado grande para poderla soportar sin protección adecuada. Orgulloso Júpiter, pequeña estrella muerta que sólo conserva rescoldos interiores.

—Sí, una estrella pequeña con su sistema planetario particular.

—¿Cuándo debió de poseer Júpiter luz propia?

—Todos lo ignoramos, debió ser hace miles de millones de años.

Sin dejar de pilotar su vehículo que funcionaba con una pila atómica y ayudada por los radares incorporados al ordenador que impedían cualquier colisión, proveyéndola de antemano, Minerva prosiguió:

—¿Has escogido algún lugar para vivir definitivamente?

—No.

—¿Te gusta más viajar entre las estrellas?

—Es muy hermoso, pero la soledad resulta aplastante, enloquecedora a la larga. El universo que siempre hemos creído quieto pese al movimiento de los astros, es continuamente cambiante. Nacen unas estrellas mientras otras mueren, planetas, satélites, asteroides, todo cambia. Nacen nuevos cráteres, océanos enteros se

evaporan súbitamente al quedar cerca del calor de una estrella. Creíamos que el universo era la perfección, cuando los cataclismos siderales son continuos. Estallan las novas y las supernovas, aparece plasma cósmico y también nubarrones gigantescos de meteoritos que emprenden un viaje demoledor, acribillando todo lo que encuentran a su paso.

—¿En todo eso es lo que piensas cuando te hallas a bordo de tu cosmonave por los espacios abiertos del universo?

—Pienso más en bellezas como tú y me entristezco al saberlas lejos, muy lejos.

—¿Preferirías viajar acompañado?

—Sí, claro, pero ¿qué mujeres resistirían un viaje tan largo?

—No sé, quizá las haya que lo resistan, todas no somos iguales. Es un error casi eterno de los hombres catalogarnos a todas igual. Por cierto, ya estamos llegando. Detrás de aquellas colinas está el lago Rubí.

La ruta ascendía por el valle. Paradójicamente, el lago estaba arriba y las colinas de origen volcánico impedían que las aguas del lago se desbordaran hacia el valle y las llanuras bajas. Las colinas debían ser de mineral impermeable.

La ribera del lago Rubí poseía magníficos boscajes obra de terrícolas y diwonícolas y pequeños bungalows, disimulados de tal forma que no rompían la belleza del paisaje.

Era la noche de Ganímedes y, sin embargo, había tanta luz que se habría podido leer sin dificultad la letra más menuda de una pantalla de tres pulgadas.

—¿Verdad que es hermoso?

—Soberbio, es de un rojo hermosísimo.

No era un rojo sangre, sino rubí, tal como su nombre indicaba.

—Este rojo tan intenso sólo se consigue en las noches plenijupiterianas como ésta.

Minerva condujo el vehículo hasta un bungalow próximo a las .apacibles aguas del lago Rubí que poseía unas playas arenosas de

color gris verdoso. En realidad, no era arena, sino microgravilla volcánica.

—¿Es tuyo este bungalow? —preguntó Arthur Lamse al apearse del A.T.H., que se había detenido y posado sobre el suelo, parando su motor.

—No, no lo es. Me gustaría que lo fuera, pero no los venden, sólo los alquilan. Vengo aquí siempre que puedo.

—¿Te cansas de las luces del Sídero Club?

—Un poco. Al principio, cuando comencé a actuar como profesional, no podía pasar sin las luces, sin la música, sin los aplausos; ahora es distinto, busco más tranquilidad. Creo que mi alma la necesita.

—Eso es signo de madurez.

—Supongo que tú no entenderás madures como expresión de vejez,

—No, claro que no. Quien sólo busca el aturdimiento en la estridencia musical, en la bebida, en la droga, es que todavía no se ha centrado y cuando uno se centra, entra en la madurez. Te aseguro que yo no soy de los que corren detrás de una niña que persigue mariposas y de pronto cambia de opinión, sin lógica.

—Te comprendo. ¿Quieres que nademos un poco en las aguas rojas del lago? Luego podemos comer un poco, poseo un congelador-despensa muy bueno.

—Aceptada la proposición.

Entraron en el bungalow. Era pequeño, sólo poseía una amplia sala con miradores al lago y un dormitorio con aseo.

Minerva pulsó un botón y la primitiva pero siempre decorativa y atrayente chimenea-hogar se encendió automáticamente.

—Nos veremos en el agua —le dijo Minerva, y entró en el aseo.

Arthur miró en tomo suyo. El lugar era muy agradable, un refugio magnífico para cuando un cosmonauta regresaba cansado, casi enloquecido de viajar entre las estrellas.

Se desnudó y salió del bungalow descalzo hasta, a cabellos.

Anduvo hacia las aguas del lago Rubí, unas aguas que sorprendentemente, no estaban frías cuando el ambiente sí era frío, ya que la altura a que se hallaba el lago era considerable.

Notó la brisa fría en su cuerpo y para escapar a ella se zambulló en las aguas rojas mientras sobre él lo cubría casi todo la gran cara iluminada de Júpiter.

Notó bullir el agua cerca de él. Se volvió y descubrió la cabeza de Minerva que le sonreía.

—Está buena el agua —le dijo Arthur,,

—Estupenda, quita el frío.

—¿No hay peces?

—Sí, pero no comedores de hombres.

Nadaron juntos, jugaron y terminaron cogiéndose mutuamente y a flor de agua. Arthur aprisionó las caderas de la hermosa terrícola con sus manos, la atrajo hacia y la besó en los labios. Minerva se entregó plenamente a la caricia.

Al terminar el largo y profundo beso, mientras se hundían en el agua, la joven supo escabullirse.

Arthur la dejó alejarse hacia la orilla donde aguardaban dos grandes toallas.

Ella tomó una, se envolvió el cuerpo y miró a Arthur. Le lanzó un beso con los dedos, dio media vuelta y se alejó en dirección al bungalow.

Arthur nadó con fuerza en las maravillosas aguas del lago Rubí de Ganímedes, teniendo sobre él la inmensa redondez de Júpiter.

Llegó a olvidarse de que su amigo y compañero Zringi permanecía en órbita, controlando las dos cosmonaves.

Zringi no estaba solo, eso era cierto, tenía dos ayudantes interinos más los peritos que estudiaban la nave capturada para valorarla y descifrar en lo posible sus códigos, herméticos para los conocimientos terrícolas.

Cuando regresó al bungalow, el agua resbalaba por sus piernas.

Se secó con la toalla. Entró en la amplia sala y se encaminó hacia la chimenea-hogar, arrodillándose ante ella sobre una piel de oso del planeta Diwon, una piel inmensa repleta de esponjoso pelo.

-—Hum, huele bien —dijo— aspirando con fuerza.

Minerva preparó canapés en una bandeja-mesita que colocó sobre la propia piel. La bandeja-mesita tenía tres patas y quedaba suficientemente elevada para comer en ella con comodidad.

Ambos apartaron de sus cuerpos las toallas para recibir el calor del fuego natural, el fuego de leña, quizá el menos puro pero el más agradable para los terrícolas.

-—¿No has pensado en aparejarte, Arthur?

—No, no lo he pensado aún. —La miró a los ojos y añadió—: Eres maravillosa, habrás tenido muchas oportunidades para aparejarte.

—Sí, sí las he tenido, pero siempre me acordaba de un muchacho más grande que yo, un muchacho que tenía las piernas largas, el cabello cobrizo y siempre estaba saltando, jugando o nadando mientras yo mordisqueaba helados.

—¿Tanto te impresionaba?

—Eras mi único vecino varón, no tenía otra cosa que hacer que mirarte.

—Pues, ahora me toca mirarte a mí. aunque supongo que por tu profesión estarás harta de que te miren los hombres.

—Las miradas de los hombres, en general, no me desagradan. Soy consciente de mi femineidad y de que he de gustar a los hombres, claro que lo que no me gusta es quedar a merced de ninguno. Por otra parte, aparejarse no quiere decir someterse, sino simplemente eso aparejarse, darse mutuamente el uno al otro.

—Los diwonícolas todavía creen en la superioridad del macho sobre la hembra.

—Son muy primitivos aún. Han avanzado en tecnología, pero espiritualmente son primitivos, por eso son tan belicosos. Los terrícolas superamos estos problemas hace siglos; a estas alturas, incluso parece estúpido hablar de ello.

—Una de las cosas más hermosas de este mundo e: una pareja de terrícolas amándose.

—Supongo —comentó Minerva—, que los diwonícola: dirán lo mismo de ellos.

—Es posible, pero yo digo lo que me parece a mí. Por cierto, es muy hermoso amarse en el espacio sideral, lejos de la atracción de los planetas.

—¿Sin gravedad artificial?

—Sí

—¿Has hecho tú el amor en esas condiciones?

—No, pero lo he soñado muchas veces.

—Y en tus sueños, ¿la mujer tenía rostro?

—No, pero ahora ya lo tiene.

Minerva sonrió con intención.

—No estamos fuera de la atracción gravitatoria de Ganímedes.

—Por esta noche, no importa.

Acercándose a Minerva, la besó en los labios.

Ella se dejó caer de espaldas sobre la piel de oso mientras notaba que los labios de Arthur se paseaban por su cuerpo, un cuerpo en el que ya no quedaban rastros de las gotas de agua procedentes del lago Rubí.

CAPITULO V1

Zringi dio un bufido y después cerró la telecomunicación.

—Era de suponer. Dice que tardará en relevarme, con las ganas que tengo yo de meter los pies en el Sídero Club.

Abandonó la cabina de pilotaje de la cosmonave y la puerta se cerró automáticamente para que nadie pudiera entrar en ella en ausencia de Zringi o de Arthur, el propietario de la cosmonave.

Arthur Lamse sabía que se robaban de los ordenadores los mapas de ruta y de esta forma se podía averiguar cuál había sido el recorrido de la nave en el espacio.

Para un aventurero del cosmos, las rutas que seguía eran un secreto fundamental, ya que si obtenía algún yacimiento importante en esa ruta, otros averiguaban su posición antes de que hubieran podido sacar beneficios al descubrimiento, cosa lógica tras los riesgos corridos.

Malhumorado, pues ardía en deseos de descender a la metrópoli de Ganímedes para divertirse un poco, fue a inspeccionar a los hombres que se hallaban en la nave pescada en el espacio, peritándola mientras dos cosmonautas revisaban concienzudamente la cosmonave de Arthur Lamse,

Zringi descendió hasta la boca del «acordeón», el pasadizo tubular anillado que iba de una nave a otra, como un puente en el espacio.

Se adentró en la nave capturada cuando ocurría algo

imprevisto.

Uno de los peritos que evaluaban la nave y su contenido, se hallaba frente al robotoide que permanecía quieto, en pie. Estuvo inspeccionando en la compuerta que el monstruo mecánico, electrónico y posiblemente hasta biónico, tenía en su pecho.

El perito había manipulado en los resortes, como comprobando que todo podía funcionar bien, cuando se disparó un relé dentro del monstruo artificial y éste se puso en marcha.

El robot centró su ojo alargado en el perito que continuaba hurgando en su pecho. Levantó sus manazas metálicas y aprisionó entre ellas la cabeza del hombre que debía de considerar un intruso en la cosmonave que tenía la misión de vigilar.

—¡ Auxi...! ¡ Aaaaag!

El hombre sintió la presión de las manos metálicas en su cráneo y era tan fuerte que estuvo seguro de que no podría resistirla.

Cuando el robotoide soltó la cabeza del terrícola, ésta era ya un amasijo de huesos, carne y masa encefálica. El cráneo no había podido resistir la presión ejercida por el monstruo desconocido.

Cuando el otro perito llegó al lugar donde su compañero acababa de pedir socorro, éste ya se hallaba muerto, tendido como un muñeco roto en el suelo.

El robotoide había captado la llegada del otro terrícola y ya le aguardaba con su ojo alargado que despidió un rayo de vivísima y cegadora luz que dio de lleno en el cuerpo del terrícola que se ennegreció súbitamente y luego se descompuso en el suelo, quedando sólo una mancha dé lo que había sido su figura humana.

A distancia, desde el fondo del corredor, sin que el robotoide lo detectara, Zringi había presenciado la muerte del perito por aquel rayo fino pero de vivísima luz.

Cuando Zringi vio aparecer en el corredor la masa del robotoide que había recobrado su autonomía, rugió

—¡Por todos los meteoros del cosmos, y yo voy desarmado!

Mientras el robotoide se centraba en el pasillo, Zringi corrió con la máxima velocidad que le permitieron sus piernas.

Llegó a la puerta que daba acceso al «acordeón» y antes de que el robotoide le lanzara su dardo desintegrador, Zringi se introdujo en el tubo anillado y corrió en dirección a la cosmonave terrícola adonde arribó jadeante. Una vez en ella, cerró la puerta.

El robot, al llegar al hueco que daba acceso al «acordeón», se detuvo. Debía estar bien programado y su memoria le advertía que aquélla era la compuerta de salida al exterior. El desconocía totalmente la presencia del pasadizo que unía ambas naves.

Se fijó en la escotilla cortada por la pistola de Arthur Lamse. Tomó la pesada puerta entre sus manos mecánicas y la colocó en el lugar que correspondía, como el mejor mecánico de fuselaje. .La encajó, se separó un par de pasos y centrando su ojo, disparó otro tipo de rayo que dio justo en la unión de la puerta con el resto del fuselaje.

Comenzó a soldarla, cerrando lenta pero con completo hermetismo aquella puerta para que ningún otro ser extraño a la nave pudiera pasar por ella.

Zringi corrió por su nave. Vio de lejos a los cosmonautas que revisaban su nave y que no sabían nada de lo ocurrido, pero no les llamó para contárselo. Fue hasta la sala de pilotaje, se aisló en ella y comenzó a llamar.

En aquellos momentos, Arthur había sido requerido por los hombres de seguridad del general Gorgow a los que acompañaba el doctor Sherman que trataba de mostrarse muy amable y servicial para que no hubiera ningún tropiezo ni mal entendido.

Boriac era el jefe de seguridad de lo que el general Gorgow había dado en llamar sus «seguidores incondicionales» y que, sin duda alguna, constituían una pequeña milicia armada aunque no utilizaran uniformes

Arthur Lamse miró a Boriac con desafío y el diwonícola le devolvió la mirada. Era un individuo alto, fornido, pero mucho más delgado que su general Se comentaba de él que era el perro fiel del general Gorgow y, sin duda, era un mastín sangriento.

—Levante las manos.

Boriac no rogaba, solía ordenar. Estaba acostumbrado a mandar y a ser obedecido, para ello siempre llevaba cerca a un par de ayudantes como mínimo, fuertes y preparados para la lucha como él.

—¿Qué dice? —le preguntó Arthur Lamse.

—Que levante las manos, sólo vamos a cachearle.

—Ni lo sueñe. Si no le gusta cómo voy, vaya y dígaselo a su amo, yo no tengo por qué acudir a esa cita ni someterme a ningún cacheo.

—Son normas de seguridad.

—¿Normas de quién?

—Del general Gorgow. Nadie se entrevista con él sin ser registrado previamente.

El doctor Sherman intervino, conciliador:

—El general Gorgow no tendrá inconveniente en entrevistarse con el comandante Lamse, sea como sea.

Boriac torció el gesto. Su actitud hostil quedó evidente, era difícil que aquel ser agresivo, de piel escamosa pudiera disimular un sentimiento, pero cedió.

—Está bien, pero es bajo su responsabilidad, doctor Sherman.

Sherman no dijo nada y salieron del hotel.

En el estacionamiento aguardaba un vehículo mm costoso y de aspecto poderoso. Boriac, sus ayudantes, el doctor Sherman y Arthur Lamse, subieron a él justo cuando el microemisor que Arthur llevaba incorporado a su reloj-computadora lanzaba su llamada. Mas fue el preciso instante en que Arthur se inclinaba para internarse en el vehículo. La llamada no fue captada por nadie, se perdió cuando precisamente Boriac explicaba, fanfarrón:

—Este vehículo es un súper-A.T.H. blindado, no penetran los rayos incinerantes ni las ondas radiales o ultrasónicas.

—Magnífico vehículo —aprobó Arthur Lamse, cortés sin saber en aquellos momentos que debido al blindaje del vehículo, él quedaba incomunicado con Zringi que seguía llamándole a través de las ondas, angustiado por 1c que había ocurrido al ser reactivado el robotoide en la nave desconocida.

El reducto del general Gorgow se hallaba a las afueras de la metrópoli, en el lugar más residencial, al norte del gran río que daba vida a la ciudad.

La propiedad era muy extensa y llana De ella sólo se veía una media esfera surgiendo de la tierra. Era como una gigantesca burbuja, totalmente construida en acero-cristal.

En realidad, la residencia y gran parte de sus dependencias se hallaba en el subsuelo.

En torno a la semiesfera, un gran llano cubierto por un ubérrimo manto de césped magníficamente cuidado pero sin un solo árbol, totalmente despejado.

No había vallas ni muros, ni siquiera en los límites de la grandiosa parcela, pero sí unos mojones con letreros que advertían de la peligrosidad de cruzar aquellos límites.

Arthur Lamse estaba seguro de que los medios de detección contra intrusos debían de ser muy sofisticados y también los de destrucción si rebasaban las primeras barreras invisibles sin hacer caso de las advertencias.

El vehículo conducido por Boriac siguió por las líneas indicativas.

Se introdujo en la posesión y antes de llegar a la semiesfera que reflejaba la luz del Sol y también la de Júpiter, se levantó automáticamente una gran porción de césped dejando al descubierto

una entrada subterránea que, de ordinario, quedaba muy camuflada.

El vehículo se internó por un amplio túnel. Arthur Lamse observó que en los laterales se abrían otras galerías que debían conducir a distintos lugares.

Llegaron a un estacionamiento magníficamente iluminado. Había allí casi una docena más de vehículos poderosos y Arthur dedujo que debía ser la flota particular del general Gorgow, aunque era muy posible que en otros puntos del subsuelo tuviera más vehículos e incluso de carácter miliciano, pero se guardaría mucho de que nadie los viera para que no le fueran confiscados por la junta bipartita que gobernaba en Ganímedes.

—Sígame —ordenó Boriac con su expresión feroz y casi siniestra, con aquellas escamas durísimas que componían su piel y que le daban un aspecto muy distinto a los terrícolas, especialmente por sus grandes ojos, tan diferentes a los de los seres nacidos en el planeta Tierra

Se acomodaron en una especie de vagoneta que se deslizaba sobre un monocarril, era silenciosa y rápida. Ascendieron hasta la cúpula de la semiesfera que en su interior se hallaba dividida en tres pisos.

El alto, más reducido en dimensiones, era el salón despacho y estudio, todo a un tiempo. Allí el general Gorgow pasaba el mayor tiempo de su existencia.

A simple vista podía contemplar el horizonte a mucha distancia; él mismo había sido quien rechazara todo árbol que pudiera restarle visibilidad.

El general Gorgow le recibió muy amistoso y cordial tanto que sorprendió al mismísimo Boriac que jamás antes le había visto mostrar tanta amabilidad.

—Es un placer entrevistarse con el primer cosmonauta que con su temeridad y valor rompió la barrera de su sistema solar.

—Alguien tenía que hacerlo; de no haber sido yo, lo hubiera hecho otro. Ustedes, los diwonícolas, también rompieron su barrera estelar.

—Pero no fui yo, muchacho. ¿Me permite que le llame muchacho, comandante Lamse?

—Como quiera, pero no es necesario que dé mucho: rodeos para

hablar de lo que le interesa.

—Es usted un hombre práctico, debí suponerlo. No es un hombre de protocolos, es un cosmonauta aventurero y no lo digo en el sentido peyorativo sino como expresión de una forma de vida anárquica. Por el contrario, yo estoy acostumbrado a organizar. Boriac, doctor Sherman, déjennos solos, el comandante Lamse y yo tenemos que hablar.

Ni uno ni otro pusieron objeciones a la orden del general Gorgow, expulsado a perpetuidad del planeta Diwon, situación a la que él no se había acostumbrado y tenía en su mente la idea fija del regreso, un regreso que, obviamente, sería violento.

Para el general Gorgow, volver a su planeta significaba tomar el mando de todas las fuerzas milicianas y hacerse con el poder totalitario en Diwon.

Ya solos en aquella magnífica estancia, difícil de definir, quizá pudiera catalogarse como de impresionante reducto o guarida aséptica, funcional y de total perspectiva, el general Gorgow preguntó al cosmonauta:

—¿Qué desea tomar, muchacho? Cualquier cosa que pida, el general Gorgow la posee y puede ofrecérsela.

Arthur comprendió que en aquel ofrecimiento había implícita una demostración de poder. Era una metáfora cuya doble intención no se le escapó. El general podía pagar lo que se le pidiese por aquello que consiguiera interesarle, la situación estaba clara. Sin embargo, el comandante terrícola decidió someterlo a prueba.

—Pues si tiene un sherry seco, dorado.

—¿Un sherry, dice?

—Sí, un sherry *o,* mejor dicho, un jerez terrícola.

El general Gorgow torció el gesto, como todos los de su especie disimulaba muy mal sus sentimientos. En aquellos instantes, temió quedar en ridículo después del fatuo ofrecimiento que acababa de hacer.

Se dirigió al teclado de su mesa y pulsó varias de las teclas, temiendo que de un momento a otro apareciera la palabra «negativo, no hay existencia».

—Positivo.

Sonrió y miró una amplia mesa de granito pulido y rutilante, como una piedra preciosa. Se abrió ésta por su centro y apareció una bandeja con una botella y dos vasitos estrechos y altos.

—Hum, sherry ha dicho, ¿eh? —se rió, regocijándose por su demostración.

Arthur Lamse tomó la botella, leyó la etiqueta y aprobó:

—Magnífico, es un auténtico jerez español, una de las bebidas más selectas que ha creado la humanidad terrícola —La descorchó, se sirvió en el vasito y lo paladeó—. Espléndido.

—¿Sabe bien? —preguntó el general, mirando la botella con cierto recelo.

Arthur llenó el otro vaso y se lo tendió.

—Pruébelo.

El general emitió una especie de gruñido. Tomó el vaso y vació su contenido en su amplia boca.

—¿Qué le ha parecido, general?

—No está mal.

—Entonces tome otro vasito —recomendó, llenándose lo de nuevo antes de que el general tuviera tiempo de rechazarlo.

—Es usted un tipo muy agradable, parece el anfitrión aquí —observó el diwonícola que, casi sin darse cuenta se tomó cuatro sherries que podían calificarse de dobles ya que Arthur Lamse escanció la bebida con generosidad.

—Y bien, general, ¿de qué quería hablarme?

Arthur sabía que las bebidas terrícolas, especialmente las procedentes de la uva, causaban una gran euforia los diwonícolas que no se hallaban acostumbrados a ellas.

—He tenido noticias de que ha capturado una nave perdida en el espacio, una nave extraña que, según las leyes siderales, ahora le pertenece.

—Sus noticias son exactas, general.

—Tengo interés en esa nave. Si quiere sacarle un beneficio neto a esa pesca espacial, yo puedo ser el comprador.

—¿Por qué le interesa comprar?

El general Gorgow se rió abiertamente, el jerez que tenía en su estómago le ayudó a ello.

—Los intereses del comprador siempre han de permanecer oscuros para el vendedor, es una norma en el comercio de todo el universo.

—Sí, es una norma, pero resulta que, por ahora, no deseo vender.

—¿No, y para qué la hace peritar?

—Quiero conocer su posible valor.

—¿Y venderla luego para desguace?

—Lo más probable. Siempre habrá en su interior cosas que interesen a distintas personas y pueden venderse por separado, lo que me puede proporcionar mayor beneficio.

—El contenido de esa nave no interesará a nadie más que como simple curiosidad.

—¿Por qué está tan seguro de lo que dice?

—Muy fácil —dijo el general Gorgow, retrepándose en una de sus anatómicas butacas—, porque los instrumentos de esa nave son totalmente indescifrables, lo mismo para terrícolas que para diwonícolas. La mentalidad y la tecnología de los seres que la construyeron son distintas a la nuestra. No, no es aprovechable más que como metales para desguace y reconversión, es decir, no vale ni lo que le ha costado en energía pescarla en el espacio y traerla hasta Ganímedes.

—Si no vale nada, ¿por qué la quiere comprar usted?

—Si la compro yo, ha de ser intacta, sin desguace alguno.

—Si los diwonícolas no van a ser capaces de reutilizarla, ¿por qué le interesa a usted? Disculpe que insista tanto, pero se trata de una propiedad que me pertenece.

—Bien, seré franco, estimo mucho a los nakru.

—¿Nakru, a quién se refiere? —preguntó Arthur, acomodándose también en otra butaca desde la que podía contemplar el horizonte por detrás del general Gorgow.

—Se lo voy a decir aunque sé que no debiera. Esa nave pertenece al planeta Nakru.

—Jamás he oído hablar de él.

—Los terrícolas lo desconocen y también la mayoría de los diwonícolas, pero yo sí sé de su existencia.

—¿Usted conoce el planeta Nakru?

—Sí, yo sé muchas cosas. Fui amigo de los nakru y me interesan esas momias que hay a bordo de la nave.

—¿Quién le ha dado ese informe?

—Mis servicios de información. —Soltó una risita.

-—Y si consigue esas momias, ¿qué hará con ellas?

—Devolverlas a los nakru.

—Dígame dónde está ese planeta y las devolveré yo mismo.

—No, eso no, seré yo quien las devuelva y pago por la compra.

—¿Espera que los nakru le ofrezcan una buena recompensa por el rescate de sus momias?

—Podría ser.

—Bueno, ahora ya conocemos nuestros respectivos puntos de vista, a usted le interesa la nave y a mí también.

—Pero usted gana ahora mismo, sin más riesgos, y yo tardaré mucho tiempo en recibir el agradecimiento de los seres de Nakru.

—¿Cuánto es mucho tiempo?

El general sonrió, ahora con sarcasmo.

—Eso es asunto mío, no suyo.

—¿Qué le parece si hacemos el negocio a medias? —propuso Arthur.

—¿A medias?

—Sí, usted ofrece un precio de compra por la mitad de la propiedad y seremos copropietarios al cincuenta por ciento. Es un buen negocio, puedo hacerle una rebaja en el precio de ese cincuenta por ciento al que puede tener derecho.

—No —rechazó rotundo el general Gorgow, quizá más duro a causa del jerez ingerido.

—Entonces no hay trato, general.

Arthur Lamse se puso en pie, dispuesto a marcharse

—No sea insensato, siéntese.

—No soy un soldado a sus órdenes, general. No hay trato y me marcho, y eso no tiene por qué enemistarnos Quizás en otra ocasión sí podamos hacer un negocio entre ambos.

—Le ofrezco mil libras terrícolas de diamantes de cinco quilates.

—Lo siento, no me interesa.

—Cinco mil libras —ofreció el general sin abandonar su butaca, esperando que el terrícola cediera, espoleado por la codicia.

—No, no por ahora.

—Diez mil.

Arthur Lamse, en su camino hacia la puerta de salida se detuvo. Miró al general, a sus grandes pupilas rojinegras, y comentó:

—Parece interesarle mucho esa nave, general.

—Le he ofrecido diez mil libras de diamantes de cinco quilates. ¿Ha soñado alguna vez ganar una cantidad semejante? Es toda una fortuna, como para dedicarse a vivir el resto de sus días sin preocuparse de ganar más dinero.

—Es un buen precio, no lo niego, pero me gusta jugar. Soy aventurero por naturaleza.

—Nadie le va a ofrecer ese precio y puede que su gobierno terrícola le confisque la nave y le pague una miseria como indemnización por los gastos que ha tenido.

—Sí, es posible, pero no vendo.

—Tengo otras maneras para obligarle a vender, Lamse —le advirtió, dejando de llamarle «muchacho» y endureciendo su trato.

Arthur Lamse miró su poli-electrónico de pulsera en el que iba incluido el reloj completo, termómetro, computadora, un omniorientador y el telecomunicador. Después silabeó:

—¿Me está amenazando?

El general Gorgow no respondió directamente a la pregunta, sino que dijo:

ˆNo conseguirá ponerse en contacto con nadie desde aquí. Está blindado, a prueba de rayos, ondas radiales, etcétera.

—¿Como su vehículo súper Á.T.H.?

—Más todavía.

—Un búnker.

—Así lo llaman los terrícolas, pero muy hermoso, con magníficas vistas panorámicas.

—Pues quédese usted en su búnker.

—No sea idiota, Lamse, no me obligue a actuar de forma más brutal.

—Si actúa agresivamente —advirtió Arthur—, me defenderé y le prevengo que sé cómo hacerlo.

—Buena suerte, comandante Lamse. Para cuando nos volvamos a ver, es muy posible que haya usted cambiado de opinión.

—Si de esa nave puede sacarse un buen negocio, yo también saldré beneficiado.

Arthur Lamse era consciente de que jugaba muy fuerte en aquella partida y de que su rival, más que rival, era enemigo y muy peligroso, tan peligroso que era el peor enemigo con el que podía toparse en

Ganímedes, Mas estaba dispuesto a llegar lejos.

Al capturar la nave desconocida, había tenido la intuición de que en ella podía encontrar una fortuna y, ciertamente, diez mil libras de diamantes de cinco quilates era una auténtica fortuna, Pero si el general Gorgow ofrecía ese precio, era que podía obtenerse más, mucho más.

Lo que no se le ocurrió pensar en aquellos momentos fue que en la mente del general Gorgow pesaba más la ambición que la codicia y que no quería comprar la nave de los nakru para revender, sino para utilizarla directamente.

Salió del magnífico reducto que tenía el general Gorgow cuando, de pronto, se vio rodeado por diez diwonícolas al frente de los cuales iba Boriac en persona Arthur buscó con la mirada al doctor Sherman, pero ya no estaba allí.

—Ahora se estará quieto para que le cacheemos, ¿verdad, comandante Lamse? —pidió con sorna Boriac, sabiendo que quien mandaba en la situación era él.

—No voy a dejar que nadie me ponga la mano encima

—¿Cree que está en situación de impedirlo? Los terrícolas siempre hacen gala de una fanfarronería estúpida.

A Arthur no se le escapaba que su inferioridad física y numérica era apabullante, incluso risible para los diwonícolas.

Colocados uno junto a otro, un diwonícola era anatómicamente más fuerte que un terrícola. La dureza de su piel, la agudeza de sus penetrantes uñas que les permitís desgarrar a sus enemigos o astillar la madera, sus mandíbulas y, por si faltara algo, se hallaban dentro del búnker inexpugnable del general Gorgow.

—¿Para qué quiere cachearme si ya he visitado al general Gorgow?

—No creo que sea usted tan ingenuo como para no darse cuenta de que se ha convertido en el invitado permanente del general Gorgow y que le vamos a proporcionar una pequeña y desagradable habitación donde estamos seguros no se va a sentir muy cómodo.

—Traducido en otras palabras, ¿he de considerarme secuestrado?

—¿Cambia eso en algo la situación?

Boriac sonrió sarcástico, parecía ansioso de humillar al insolente terrícola.

Arthur Lamse comprendió que si no era él quien pegaba primero, estaría perdido. Había demasiados diwonícolas en torno suyo, sus posibilidades de escapar podían cifrarse en una entre cien mil, pero estaba dispuesto a intentarlo, aunque lo más fácil habría sido dar la vuelta y decirle al general Gorgow que aceptaba su última oferta, pero eso habría significado rendirse ante un diwonícola.

A lo que no estaban acostumbrados los diwonícolas era a la técnica perfecta de las artes marciales orientales terrícolas de las que Arthur Lamse era un buen practicante.

Por muchos avances tecnológicos que se consiguieran, por muchos planetas que se conquistaran, el dominio del propio cuerpo terrícola y el control de la fuerza del rival, eran fundamentales. Y todo ello sólo se lograba con las depuradísimas artes marciales orientales terrícolas, técnicas de lucha que habían soportado sin inmutarse el paso de los milenios, demostrando siempre su efectividad.

Disparó un taconazo a una de las rótulas de Boriac que lo lanzó hacia atrás, contra el suelo, sorprendido por la violenta contundencia del impacto.

Arthur habría podido rematar su ataque golpeando al caído con una patada en la mandíbula, pero tenía demasiados diwonícolas alrededor suyo como para entretenerse en buscar un remate a su primer golpe, a su primera acción de lucha.

Cuando Boriac todavía estaba cayendo, su diestra alcanzó a otro de los diwonícolas debajo de la mandíbula, haciéndole saltar hacia atrás.

—¡Cazadlo! —gritó Boriac desde el suelo.

Había quedado evidente que el poder de reacción de los diwonícolas era , inferior al del terrícola que luchó hundiendo su codo en uno de aquellos gorilas siderales que se le echaba encima por la espalda.

Lamse encajó un fuerte puñetazo que le hizo tambalear, pero tuvo tiempo de encogerse sobre sí mismo para evitar un zarpazo que, sin duda alguna, le habría dejado la carne al descubierto.

Como réplica, propinó a otro de los diwonícolas un punterazo en la zona testicular que le hizo caer de rodillas, lo que le permitió saltar

por encima de él y lanzarse a la carrera por el- largo pasadizo, aun sabiendo que le iba a ser materialmente imposible escapar del búnker del general Gorgow.

CAPITULO VII

—i¡Cogedle, cogedle! —rugió Boriac, furioso,

Arthur Lamse no quiso escuchar más. Corría y corría, pasando de un corredor a otro dentro de aquel laberinto.

Se lanzó escaleras abajo cuando vio a dos centinelas que ascendían en dirección contraria, justo cuando sonaban las chicharras de alarma de todo el búnker.

No cabía duda de que la fuga del terrícola debía preocupar mucho al general Gorgow,

—¡ Kiiiaaaiii!

Había lanzado aquel «kiai» saltando hacía el fondo de la escalera con los dos pies por delante. Cada uno de los dos diwonícolas tuvo que encajar el planchazo en su rostro.

Mientras los dos sorprendidos diwonícolas caían de espaldas, el terrícola pasó por encima de ellos.

Al llegar al suelo, rodó sobre sí mismo y volvió a ponerse en pie.

A lo alto de la escalera ya llegaban dos diwonícolas armados que dispararon rayos paralizantes sobre Arthur, pero éste escapó de un salto del posible blanco y se introdujo por otro corredor.

Pasó a una rampa apenas iluminada y se deslizó por ella. Cruzó por una doble puerta que se abrió automáticamente a su paso y llegó a un túnel subterráneo. Vio un vehículo y se lanzó tras él, pegándose al suelo.

En aquellos instantes, se maldijo por no llevar una pistola para defenderse.

Vio aparecer a varios diwonícolas armados que corrían revisando cuanto se hallaba a su paso.

Había conseguido lo que parecía imposible. Boriac debía estar

espumeando de rabia ante la fuga insólita del que ya consideraba su prisionero.

Lo más difícil, lo casi imposible, sería escapar del búnker. Todas las salidas estarían bloqueadas y lo más grave era que las barreras eléctricas y paralizantes que rodeaban la inmensa parcela en que se ubicaba el búnker estaban camufladas y no se veían hasta que la víctima quedaba atrapada.

Por otra parte, pretender escapar corriendo por la amplísima llanura de césped en la que no había un solo árbol, era una utopía. Le habrían visto inmediatamente, pudiéndole disparar sus armas con tanta facilidad como contra un conejo enjaulado.

Decidió que lo más práctico sería camuflarse y dejar pasar tiempo, lo que pondría más nerviosos a los diwonícolas. Después, quizá se presentara a su favor una oportunidad en la que no cabía pensar en aquellos momentos

Pasaron los minutos.

Vio pasar a los diwonícolas en grupos de tres en varias ocasiones. Lo estaban registrando todo y, por otro lado, estaba seguro de que desde el centro de observación y a través de diversas pantallas, controlarían todas las dependencias.

Los oíos automáticos, siempre atentos, debían estar escrutando hasta el último agujero del búnker.

Arthur decidió abandonar su primer escondrijo por considerarlo poco seguro. Reptó por el suelo, pegándose a la pared. Buscaba con los ojos las telecámaras que podían delatarle, haciéndole aparecer en una pantalla de control.

Descubrió uno de los ojos electrónicos que enviaba imagen al centro de control y se pegó a la pared para no ser descubierto, aunque suponía que debían estar provistos de lentes de gran angular. Consiguió pasar por la parte ciega.

De pronto, se abrieron los altavoces instalados por todo el búnker y se escuchó la voz del general Gorgow incluso se le podía ver por algunas de las grandes pantallas de T.T.V. distribuidas por las estancias más importantes de aquel reducto.

—Comandante Lamse, sé que me está escuchando... Sea razonable y yo también lo seré. No tiene ninguna posibilidad de escapatoria,

todas las salidas están controladas. Déjese ver y ninguno de mis hombres le atacará. —Arthur Lamse escuchaba en silencio—. Mi servicio de seguridad ha cometido la torpeza de tratar de retenerle, pero es una situación que no se repetirá. Salga de su escondite y yo mismo le acompañaré a la salida.

—Hijo de perra —masculló Arthur en tono muy bajo para no ser detectado por algún sensor de audio.

—Podemos llegar a un acuerdo, comandante Lamse, el cincuenta por ciento me parece bien. Salga y trataremos este asunto amigablemente, tomando un sherry.

A Arthur le hubiera gustado poder replicarle que no se fiaba de él en absoluto, que estaba seguro de que nada más se dejara ver, lo cazarían y el general Gorgow se las arreglaría para hacerle cambiar de opinión utilizando la tortura más refinada.

Arthur Lamse no estaba dispuesto a dejarse torturar, por ello continuó escondido junto a una estantería cerrada.

El general Gorgow siguió hablando, como tratando de convencerle, mas ya era inútil. El terrícola no se confiaría, había tenido bastante con el primer intento de secuestro.

Escuchó pasos que se acercaban. Puso sus nervios y sus músculos en tensión y aguardó hasta que el diwonícola, pues era un solo, llegó a su altura.

El cosmonauta terrícola saltó sobre él, disparándole un puñetazo a la garganta que le dejó sin voz. Hizo presa en el cuello y le cortó la respiración hasta que el diwonícola dejó de agitarse. Luego lo arrastró contra la pared y le quitó el arma, aquello era lo que interesaba a Lamse. Con un arma podría hacer frente a sus atacantes.

Las armas que utilizaban los servidores del general Gorgow eran muy modernas y eficaces. El general quería tener su pequeña milicia propia y si era pequeña, no podía estar mal armada.

Con el corto fusil entre sus manos, Arthur Lamse decidió seguir avanzando, cambiando de posiciones.

Al entrar en otra estancia, descubrió que uno de los «chivatos» electrónicos le enfocaba. Optó por dispararle y destruirlo. Luego corrió para alejarse de aquel lugar, ya que descubrirían de inmediato la destrucción del objetivo de la telecámara. Recorrió el búnker,

esencialmente bajo el nivel del suelo.

—¡Allí está! —gritó uno de los diwonícolas que iba con otros dos.

Se cruzaron varios disparos. Arthur se había arrodillado y pegado a la pared. Los rayos le pasaron por encima de la cabeza mientras él, a su vez, abatía a los tres servidores del general Gorgow. Corrió hacia ellos, saltando por encima de sus cuerpos.

De pronto se encontró en el estacionamiento. Rápidamente se pegó a la pared y al suelo. Allí había varios diwonícolas. Evitando ser descubierto, avanzó hasta el vehículo en el que Boriac lo condujera hasta aquel lugar.

Abrió la portezuela despacio y penetró en él. Se tendió sobre el piso del súper A.T.H. y se dispuso a descansar, a recuperar fuerzas. Sintió sed v hambre, esencialmente sed, debido a los esfuerzos realizados.

De nuevo pasaron los minutos, luego las horas. El tiempo se hacía interminable.

El general Gorgow volvió a tomar el micrófono para dirigirse a él.

—Terrícola, sal y no te ocurrirá nada, palabra de honor.

—Maldito honor —casi escupió Arthur Lamse, que permanecía tendido dentro del vehículo blindado y boca arriba, con el arma entre las manos por si algún diwonícola se acercaba para mirar hacia el interior del A.T.H.

-—No tienes escapatoria, es inútil que sigas escondiéndote como un niño. Debes estar sediento ¿Cuánto tiempo más aguantarás en tu escondite que terminará por ser descubierto? Vamos a poner en marcha los perros-robot que te buscarán hasta encontrarte.

Arthur Lamse torció el gesto. Los perros-robot eran de temer. Aquellas malditas máquinas avanzaban gracias a unas ruedas oruga que les permitían subir por escaleras y eran capaces de detectar un olor determinado y también descubrir a un posible intruso por las emanaciones de calor que dejaba a su paso y, lo que era peor, a más de cien pasos detectaban el latido de un corazón humano.

El general Gorgow continuó haciendo promesas de las que Arthur Lamse no se Haba en absoluto. Pretender que el terrícola se confiara resultaba de una gran ingenuidad por parte del general Gorgow.

Volvió el silencio, pasó otra media hora y se abrió el vehículo.

Entró Boriac y dos ayudantes más con él. Los tres descubrieron a Arthur Lamse de inmediato.

—Que nadie se mueva o lo incinero.

Los tres quedaron en tensión, Boriac aspiró hondo, conteniendo sus impulsos agresivos al verse frente al cañón del corto pero efectivo fusil que empuñaba el terrícola.

—No podrás escapar —silabeó Boriac.

—Saldremos juntos.

—Imposible, yo no te saco de aquí.

—Está bien; si no lo haces, te incinero.

—No te atreverás, te localizarían de inmediato.

—Ya estoy localizado, ahora es mi vida o la vuestra.

Apuntó a Boriac entre los ojos. Uno de los diwonícolas quiso actuar empuñando su arma. Arthur desvió el cañón y le disparó a la cabeza que se inflamó primero y ennegreció después.

—¿Qué, Boriac, quieres ser tú el próximo?

—Está bien —gruñó—, pero te cazaremos.

Boriac no discutió más. Puso el vehículo en marcha y abandonó el estacionamiento. Tras él se colocó Arthur tratando de permanecer oculto a cualquier observación desde el exterior, fuera por los ojos de los diwonícolas o por las telecámaras.

—Si das la alarma y rodean el vehículo, tú serás el primero en caer, no te lo volveré a decir.

—No escaparás al poder del general Gorgow,

—El general Gorgow no es el amo de Ganímedes.

—Como si lo fuera —puntualizó Boriac.

El vehículo súper A.T.H. blindado recorrió los túneles del búnker y salió al exterior tras abrirse la compuerta camuflada en el césped.

Boriac, que no deseaba perder su vida, sacó el A.T.H. del área controlada por el general Gorgow y se dirigió al vial que conducía a la metrópoli.

Se hallaban cerca cuando Arthur ordenó:

—¡ Para el «carro», vamos!

Boriac se hizo a un lado del vial, se detuvo y posó A.T.H. sobre el suelo, preguntando después:

—¿Qué quieres ahora?

—¡ Bajad!

—Está bien.

—Pero sin armas. Quien cachea ahora soy yo.

Le arrebató la pequeña pistola a Boriac y también otro diwonícola.

Abrieron las portezuelas y salieron al exterior. Arthur ordenó:

—Sacad a vuestro compañero, no me lo voy a llevar

Entre Boriac y su ayudante sacaron el cuerpo sin vida del diwonícola que había quedado con la cabeza incinerada.

Cuando ellos ya estaban afuera, Arthur cerró las portezuelas. Saltó al asiento delantero y poniéndose al volante del vehículo blindado, lo puso en marcha.

Se alejó, dejando a Boriac y al otro diwonícola junto al vial. Al general Gorgow no le iba a gustar nada la fuga del terrícola.

Se introdujo en la metrópoli.

Dejó el vehículo camuflado entre los altos setos de unos jardines y luego, a pie, se dirigió al Sídero Club. Penetró en él, yendo directamente al restaurante.

Pidió una bandeja y comió con gran apetito, bebiendo mía buena cantidad de líquido. Se sentía libre. Había pasado unas malas horas y aún podía volver a ser capturado por los secuaces del general.

Era consciente de que nada iba a conseguir yendo una estación de policía para denunciar el intento de secuestro, el ataque físico de que

fuera objeto y del que, no sin grandes peligros y réplicas contundentes, había conseguido escapar.

No le harían maldito el caso, nadie quería incordiar al general Gorgow, un diwonícola adinerado y con no pocos seguidores, la mayoría de ellos mercenarios de la guerra, bien pagados por el propio general Gorgow que, sin duda alguna, en su huida había conseguido sacar de su planeta gran cantidad de dinero interestelar, diamantes, oro, uranio y otros metales y gemas valiosas con los que sufragaba los gastos de mantenimiento de su búnker y de su pequeña pero contundente milicia.

—¡ Arthur!

Reconoció la voz de inmediato.

—Hola, Minerva —saludó, volviéndose hacia ella.

—Creí que te comunicarías conmigo —le reprochó la muchacha con una sonrisa amistosa.

—No he podido, he estado en el búnker del general Gorgow.

—¿Negocios?

—Es lo que él pretende, pero por lo que he podido comprobar, cuando no consigue lo que desea, trata de obtenerlo por la fuerza.

—¿Te ha hecho algo?

En vez de responder directamente, Arthur preguntó:

—¿Quieres comer?

—Bueno, te haré compañía en el almuerzo.

Ocuparon una mesa con sus respectivas bandejas, sacadas de la máquina distribuidora de alimentos según la petición hecha por los propios consumidores que tecleaban sus demandas.

—¿Qué sabes tú del general Gorgow? —le preguntó Arthur

Ella movió la cabeza ambiguamente mientras detenía un bocado ante sus labios.

—Lo que todo el mundo. Vive retirado en su reducto al que no tiene acceso nadie más que los que están autorizados por él mismo.

Vive rodeado de toda clase de medidas de aislamiento y seguridad para que nadie pueda llegar hasta él, como si temiera ser atacado en cualquier instante. La verdad, yo no creo que nadie vaya a atacarle. Ese tipo se hará viejo en su guarida y allí morirá, rodeado de sus seguidores que luego no sabrán qué hacer.

—He visto al general Gorgow demasiado entero para pensar que se halle cerca de una incapacidad. Tiene vehículos blindados y agentes bien armados, dispuestos a matar. Les basta una sola orden, no temen ninguna responsabilidad penal. Es como si para ellos no existiera otra ley que la que dicta el general Gorgow.

—Posiblemente así sea. Nadie se atreve a molestarlos, entre otras cosas porque en la metrópoli de Ganímedes hay mucha corrupción a todos los niveles. El general Gorgow sabe que pagando bien puede conseguir muchas cosas, entre ellas que ningún juez se atreva a llevarle ante un tribunal bipartito formado al cincuenta por ciento por diwonícolas y terrícolas. La ley no parece querer enterarse de las actividades del general, es como si hubieran hecho un pacto. Los secuaces del general Gorgow no actúan como delincuentes comunes, van a lo suyo y por eso nadie se preocupa por si secuestran a alguien o aparecen unos restos humanos en alguna parte con el sello de haber sido eliminados por los hombres del general Gorgow.

—Sí, así están las cosas —asintió Arthur—, Lo mejor será que me vaya de Ganímedes.

—¿Te persigue?

—Sí

—Puedes esconderte en mi bungalow del lago Rubí.

—Gracias, amor, lo tendré en cuenta, pero donde debo estar es en mi cosmonave. Zringi estará furioso contra mí.

Miró entonces su teletransmisor y lo activó, llamando por él en voz baja.

—Zringi, Zringi, ¿me oves?

Tuvo que repetir la llamada un par de veces. Al fin, salió la voz airada del cosmonauta Zringi.

—Arthur, ¿dónde diablos te has metido?

—En problemas, pero en parte ya he salido de ellos.

—¿Problemas? —repitió Zringi—. Seguro que no serán más graves que los que tenemos aquí arriba.

—¿Qué quieres decir?

—Te lo diré cuando te reúnas conmigo y hazlo pronto. Puedes calificar la situación de muy fea.

—Está bien, Zringi, no te pongas nervioso, en seguida estaré contigo y sea cual sea la situación, trata de controlarla.

—Es lo que hago, pero no sé lo que ocurrirá dentro de cinco minutos. Si te dicen que me he desintegrado, echa un ramo de flores al espacio abierto en mi memoria.

—¿Tan grave es la situación?

—Grave, no, peor.

—No perderé más tiempo, corto y fuera.

—¿Qué le puede haber sucedido? —preguntó Minerva que, por hallarse junto a Arthur Lamse, había escuchado la conversación.

—¿Puedes llevarme al astropuerto?

—Claro, tengo mi vehículo en el estacionamiento.

—Pues vamos.

—¿Sin acabar el almuerzo?

—Yo no tengo tiempo; si tú quieres, luego continúas.

Arthur Lamse, puesto en pie, se bebió el vaso de leche mineralizada que era utilizada como alimento básico y que proporcionaba todos los minerales que podían perderse en una sudoración excesiva.

Ya en el estacionamiento, abordaron el vehículo y Arthur Lamse se puso al volante.

—Cuando solucione los problemas de mi cosmonave, bajaré a buscarte.

—¿Para qué?

—Ya sé que tienes tu profesión, pero, la verdad, Minerva, me gustaría aparejarme contigo.

—¿Aparejarte? Eso es muy comprometido.

—Creo que tú y yo, los dos juntos, funcionamos bien.

—Los meses, los años, los lustros, no son lo mismo que una sola noche.

—Lo sé, y lo mismo te digo a ti.

—La verdad, Arthur, me revienta mi profesión por la rutina que significa hacer cada día lo mismo poniendo cara de que me lo paso extraordinariamente, lo que no es cierto siempre, pero tampoco me gustaría abandonar del todo mi trabajo.

—Si sale bien el negocio que tengo entre manos, regresaré a la Tierra y allí montaré una agencia para turistas con deseos de visitar Venus o Marte. Entonces podremos estar más tiempo juntos.

—¿Renunciarías a tu ambición de exploración?

—No abandonaría del todo, pero programaría mejor, iría menos a la aventura y tú estarías cerca de los mejores clubs de la Tierra; pero de todo eso hablaremos más en nuestro próximo encuentro, ya hemos llegado al astropuerto.

—¿Tienes una nave para subir a la órbita?

—Sí, una pequeña, aerodinámica y muy veloz.

Se volvió hacia ella y la besó en los labios con profundidad.

CAPITULO VIII

Cuando a bordo de la pequeña nave Arthur Lamse arribó a su cosmonave que seguía sujetando a la cosmonave capturada, bien amarrada con anclajes de acero, Zringi le aguardaba nervioso.

—¿Qué es lo que ha pasado? —inquirió Arthur, sin tiempo para quitarse el traje espacial.

—He enviado a los cosmonautas que estaban revisando nuestra nave al astropuerto de Ganímedes.

—¿Habían terminado ya su trabajo?

—Es que no he querido que se enterasen de lo sucedido hasta que tú decidieras.

—¿Decidir el qué?

—El robot está en funcionamiento.

—¿El robot que yo desactivé?

—Sí.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé. —Zringi se encogió de hombros—. Los dos peritos que estaban evaluando la nave capturada han muerto.

—¿Muerto, seguro?

—Yo vi desintegrarse a uno de ellos y me faltó tiempo para salir corriendo. No llevaba armas encima y ese robot iba a por mí, me figuro que el otro perito ha muerto también. Ese robot está programado para exterminar a los intrusos

—Habrá que comunicar estas muertes a las autoridades.

—¿Qué haremos ahora?

—No podemos quedarnos quietos aquí porque ese robot ande suelto.

—Te advierto que es un robot verdugo. Debieron darle la orden de custodiar las momias y lo hará mientras quede energía en esa nave, porque es muy posible que cuando esté bajo de potencia, él mismo se conecte a la red de energía de la nave para autorrecargarse.

—Habrá que hacerle frente. ¿Ha tratado de pasar a nuestra nave?

—No, todo lo contrario.

—¿Qué quieres decir?

—Que la puerta que tú abriste, él la ha colocado y soldado para

que no volvamos a entrar.

—Por lo visto, ese robot cancerbero sabe lo que se hace.

—Tratar de meterse en esa nave es exponerse a ser desintegrado —advirtió Zringi.

—Veremos qué se puede hacer. Tomaré un arma y le haré una visita, esa nave vale ahora más de lo que supones.

—¿De veras?

—Sí, es muy valiosa.

—¿Por qué, ha surgido algún comprador?

—El general Gorgow.

—Diablos, el diwonícola.

—Ese tipo, porque no he querido venderle la nave que pescamos en el espacio, ha tratado de secuestrarme para hacerme cambiar de opinión con métodos muy sofisticados.

—¿Tan bajo era el precio que te ofrecía?

—Diez mil libras de diamantes de cinco quilates.

Zringi silbó, entre sorprendido y admirado.

—Eso es una fortuna.

—Como para no correr más peligros en la vida.

—¿Y por qué no has aceptado?

—No sabría decírtelo bien, pero si ofrecía tanto por esa nave es que en ella hay algo que le interesa mucho y no me trago que aprecie tanto a las momias nakru.

—¿Momias nakru, has averiguado de dónde proceden?

-—Yo no lo sé, pero el general Gorgow dice que son de

un planeta llamado Nakru, del que nosotros no hemos oído hablar y que sólo saben de él unos pocos diwonícolas, pero que se mantuvo en secreto y supongo que por alguna razón determinada.

—¿Y si ha mentido?

—No lo creo, ofrecía demasiado para que fuera una mentira. Quizá el negocio radique en llevar esta nave al planeta Nakru, esperando obtener una magnífica recompensa.

—¿Cuánto crees que podrían pagarle? ¿Cinco veces la cantidad que te ha ofrecido a ti, acaso?

—Eso es muy difícil de averiguar. Quizá no sea dinero lo que pida a cambio.

—Y si no quiere dinero, ¿qué puede querer ese general Gorgow que es capaz de pagar diez mil libras de diamantes de cinco quilates?

—Lo que quiere es poder.

—Entonces pedirá a esos nakru algo para conseguir ese poder.

-—Eso es, Zringi, pero ¿qué, mercenarios, naves o algo que pueda imponer el terror?

—¿Y si lo que quiere no lo va a buscar al planeta Nakru, sino que puede estar ya en la nave y él ya tiene información?

—Es una posibilidad —admitió Arthur Lamse—, Io averiguaré.

Arthur Lamse volvió a ajustarse el traje de supervivencia y pidió a Zringi:

—No me sigas.

—Si tratas de llegar a la otra nave por el «acordeón», el robot verdugo te estará esperando.

—Iré por otro lugar, trataré de cogerle por sorpresa.

—Ten cuidado, ese robot parece bien dotado de detectores.

Protegido por el traje espacial, con un autocohete a la espalda y armado con la pistola polivalente, Arthur Lamse se introdujo en la cámara de despresurización.

Cerró las compuertas y mientras aguardaba a que las bombas succionasen el aire que allí había, pensó en Minerva.

Le gustaba aquella espléndida joven terrícola que le sorprendiera

hablándole de su niñez. Ella había sabido reconocerle cuando él ni se acordaba de la niña de los helados. Era sólo una vaga sombra en su pasado de muchacho que quemaba imperiosamente sus grasas practicando deporte.

Si todo salía bien, se aparejaría con Minerva. Estaba ya harto de ser un aventurero sideral, solo o acompaña do de otros hombres. ¿Qué iba a conseguir yendo siempre solo por los espacios abiertos del cosmos? Debía dar un cambio sustancial a su vida.

Se abrió la compuerta hacia adelante, dejando el pase libre hacia la rampa en que se había convertido la propia puerta.

Miró hacia el gran planeta Júpiter que dominaba a todas sus lunas, una de las cuales era Ganímedes, en torno a la cual estaban orbitando.

El autocohete se puso en marcha y voló en dirección a la otra nave que permanecía bien sujeta, lo que ignoraba el robot.

Rehuyó el acordeón y buscó las toberas de expulsión de gases.

Sin dejar de volar, impulsado por el autocohete que despedía una corta pero vivísima llamarada, se introdujo por las toberas que tenían un diámetro de más de cinco metros, aunque hacia el interior se estrechaban por tener forma cónica.

Arthur era consciente del riesgo que corría.

De ponerse en marcha los motores, toda la energía de la extraña nave saldría por allí y él quedaría volatilizado convertido en gases expulsados hacia el espacio sideral donde ya no quedaría ni rastro de su forma física.

Debía haber una compuerta de acceso en la tobera para la limpieza y revisión de las mismas mientras la nave se hallaba en ruta. Buscó hasta que la detectó. Era una compuerta no muy grande y, como era de suponer, herméticamente cerrada.

Abrir aquella escotilla con el cortador de metales iba a ser un trabajo arduo; debía resistir temperaturas elevadísimas.

Disparó su estilete luminoso y flamígero durante un largo rato. Al fin. el metal comenzó a ceder.

No podía decirse que lo cortase como la mantequilla con cuchillo de acero, pero lo cortaba, eso era lo importante y esperaba que el

robot no lo detectara aún.

Recibió en contra el aire a presión que se hallaba contenido en la nave y que debido a las fisuras provocadas por el cortametales de Arthur, escapaba al vacío.

Arthur siguió cortando. Se perdería mucho aire, aire que, por otra parte, había proporcionado la cosmonave terrícola que a su vez tendría que hacer acopio de él por el gasto excesivo que había hecho.

Consiguió abrir la escotilla.

Ya no había aire en la nave extraña, todo había escapado por la tobera. Arthur no podía quitarse el traje espacial que le proporcionaba el aire indispensable.

Se internó por una galería de paredes metálicas que le condujo a otra escotilla que cerraba con una rueda a presión. Forcejeó con ella y la abrió, dedujo que el aire entraba allí por algún pequeño caño.

Pasó a una inmensa sala de motores y hubiera quedado cegado de no tener los ojos protegidos por el cristal del yelmo espacial.

El resplandor verde amarillento era intensísimo. Gracias a que el cristal del casco espacial filtraba los rayos cósmicos y otras variedades de rayos, pudo resistir sin cegarse.

Cuando se aclimató a la nueva luz, pudo ver una gran campana de cristal parecida a la que hallara en la sala de las momias. En aquélla, el mineral radiactivo era pequeño, pero allí tenía un volumen más de cien veces superior.

Nada de lo conocido en motores de cosmonaves por Arthur Lamse se parecía a lo que estaba viendo en la nave de Nakru. «¿Cómo no había visto antes aquella sala de motores?», se preguntó a sí mismo.

Por debajo de la gruesa y enorme campana de cristal salían unos tubos de aspecto muy resistente que iban hacia unos extraños motores de ignorado funcionamiento para el terrícola.

No comprendía todo aquel funcionamiento que, por otra parte, ahora se hallaba detenido. Sólo se veían las radiaciones del enigmático material súper radiactivo que desprendía la energía suficiente para el funcionamiento de los motores.

El proceso de transformación de dicha energía nada tenía que ver

con los sistemas de pilas atómicas o termonucleares que utilizaban los terrícolas o diwonícolas.

Había quedado asombrado por el hallazgo pero, más aún, por no haberlo descubierto antes.

Buscó la salida y encontró una escotilla baja, de un espesor nada corriente. Era evidente que semejantes radiaciones podían resultar peligrosas. Abrió la escotilla, pasó a través de ella y volvió a cerrar.

Subió por unas escaleras y pasó a una sala de maquinaria accesoria. Encontró un pasadizo que le condujo a lo que, sin duda alguna, debía ser el cerebro electrónico de la nave. No estaba detenido, de allí brotaban las órdenes para poner en funcionamiento los demás instrumentos y paneles de control. Posiblemente, de allí partían las órdenes que hacían funcionar el robot que atacaba a los intrusos.

Múltiples luces creaban allí una policromía cercana a un cambiante arco iris.

Podía destruir aquel ordenador, posiblemente con un completo auto funcionamiento que debía detenerse a sí mismo, pero nada iba a ganar destruyéndolo.

Abandonó el cerebro de la nave y se internó por pasadizos y corredores. Era una nave demasiado grande para cinco seres, claro que tenían la ayuda de un robot o posiblemente más; debía mantenerse alerta.

Al doblar por un recodo, se encontró frente al robot que custodiaba una puerta.

Arthur Lamse sabía que no podía darle tiempo a activar sus defensas, aquel robot era peligroso.

Disparó con su pistola en la posición bloqueante No dudó en oprimir el botón que- hizo que brotara el rayo envolvente azul morado, justo cuando el robot se aprestaba para disparar el suyo y destruir al intruso.

El robot vaciló, luego quedó quieto.

Arthur se le acercó, quiso abrir la tapa de su pecho para desactivarlo, pero se le resistió.

-—De modo que te has protegido, ¿eh? Pareces tener vida inteligente y no eres más que una máquina.

Arthur se guardó la pistola. De una pequeña bolsa que llevaba prendida al traje, sacó un rollo de fuerte y flexible cinta adhesiva que poseía multiplicidad de aplicaciones. Estiró unos pedazos y cubrió el ojo del robot, pegando bien la cinta.

—Si te reactivas, no verás nada, y dudo que te hayan programado para que te lleves las manos al ojo para ver lo que sucede. Tú no eres humano, ni siquiera animal.

Todo volvía a estar en orden. Arthur se había arriesgado a enfrentarse con el robot y le había vencido. Ahora el humanoide bioelectrónica estaba inmovilizado, con los circuitos bloqueados a causa de una súbita baja de tensión, pero no sólo eso, si no que tenía su terrorífico ojo tapado con cinta adhesiva que le impediría ver si conseguía autorregenerarse.

Podía regresar por la escotilla a la que estaba unida el pasadizo «acordeón», pero creyó más oportuno no utilizarlo, ya que succionaría una gran cantidad de aire que poseía su cosmonave.

Retrocedió hacia la cámara donde se hallaba el mineral que irradiaba luz, un mineral del que Arthur desconocía todas ¡as propiedades. Cerró bien las escotillas para que no escapara más aire si se le insuflaba de nuevo y regresó volando con el autocohete hasta su cosmonave después de abandonar la gran tobera de los motores de la extraña nave.

Pasó por la cámara de despresurización y bufó, fatigado, al quitarse el yelmo espacial,

—¿De veras has conseguido bloquearlo de nuevo?

—Sí, pero no hay que fiarse del iodo.

—-¿No sería mejor destruirlo?

—No, hasta que le hayamos extraído todo de su desconocida memoria.

—¿Y si no tiene nada importante? —Antes de que contestara Arthur, Zringi se respondió a sí mismo—. Habremos corrido riesgos innecesarios.

—Si no quieres correrlos, desciende a Ganímedes y tómate unas vacaciones.

—Ahora que todo está liado, ¿y los muertos?

—Hay que comunicar su muerte a la jefatura del astropuerto. Aunque estamos fuera de su jurisdicción al hallamos en órbita, hay que notificarlo si luego no queremos tener problemas.

—Subirán a investigar y hasta es posible que quieran llevarse al robot asesino.

—No, hasta que sepamos qué encierra su memoria. Esta nave tiene un gran valor; antes lo suponía, ahora lo sé.

—Pues yo todavía no se lo he visto, aparte de unas momias resecas y un robot verdugo que ni siquiera podemos dominar y que, por lo tanto, no es ni siquiera útil para la reventa de robots usados. Creí que todo lo demás lo iban a valorar como chatarra espacial.

—Pues ya sabes que tiene más valor.

—¿Porque así se lo parece a un general chiflado?

—No.

—¿Por qué, entonces?

—Ahora ya lo sé.

—¿Y me lo vas a ocultar a mí, a tu mejor amigo? Ten en cuenta que también tengo mi parte en todo este asunto.

—Sí, y cuanto más obtenga yo de este negocio, más sacarás tú, de modo que si a mí me conviene, a ti también.

—Hum —gruñó Zringi, algo molesto. Arthur nunca había sido tan hermético con él.

—Anda, ve y comunica la muerte de los dos peristas

—Está bien. Tendremos problemas, ya lo verás.

Zringi, se fue hacia el panel de telecomunicación mientras Arthur acababa de vestirse. Algo más tarde, Zringi gritaba:

—¡Arthur, Arthur!

—¿Qué pasa?

—¡Corre, ven, es importante, ven!

A juzgar por la forma en que gritaba, sí debía de serlo y Arthur fue a su encuentro con rapidez.

CAPITULO IX

—Es el general Gorgow,

Zringi señalaba la pequeña pantalla a color y en tres dimensiones. No era preciso que le dijeran a Arthur que aquel diwonícola que tenía ante sus ojos, aunque fuera en una pantalla, era el general Gorgow; ya le conocía demasiado bien.

—Comandante Lamse.

—Hola, general. ¿A qué se debe su videotelecomunicación?

—¿Ha pensado ya en vender esa chatarra espacial que tiene cogida, amarrada a su nave?

—No, todavía no he pensado en vender.

—Verá, uno de mis colaboradores me ha explicado que en un cuento terrícola se habla de un pescador que atrapó en el océano a un gran pez, un pez demasiado grande para sus posibilidades, el pez más grande que había ,visto en su vida. Lo amarró a su barquichuela y creyendo que había hecho fortuna, inició el regreso. Pero aparecieron los tiburones y lo devoraron. El pescador se quedó con la espina que no le sirvió para nada. En realidad, había sido un sueño demasiado grande para él. La realidad le demostró que no podía tener tanta suerte.

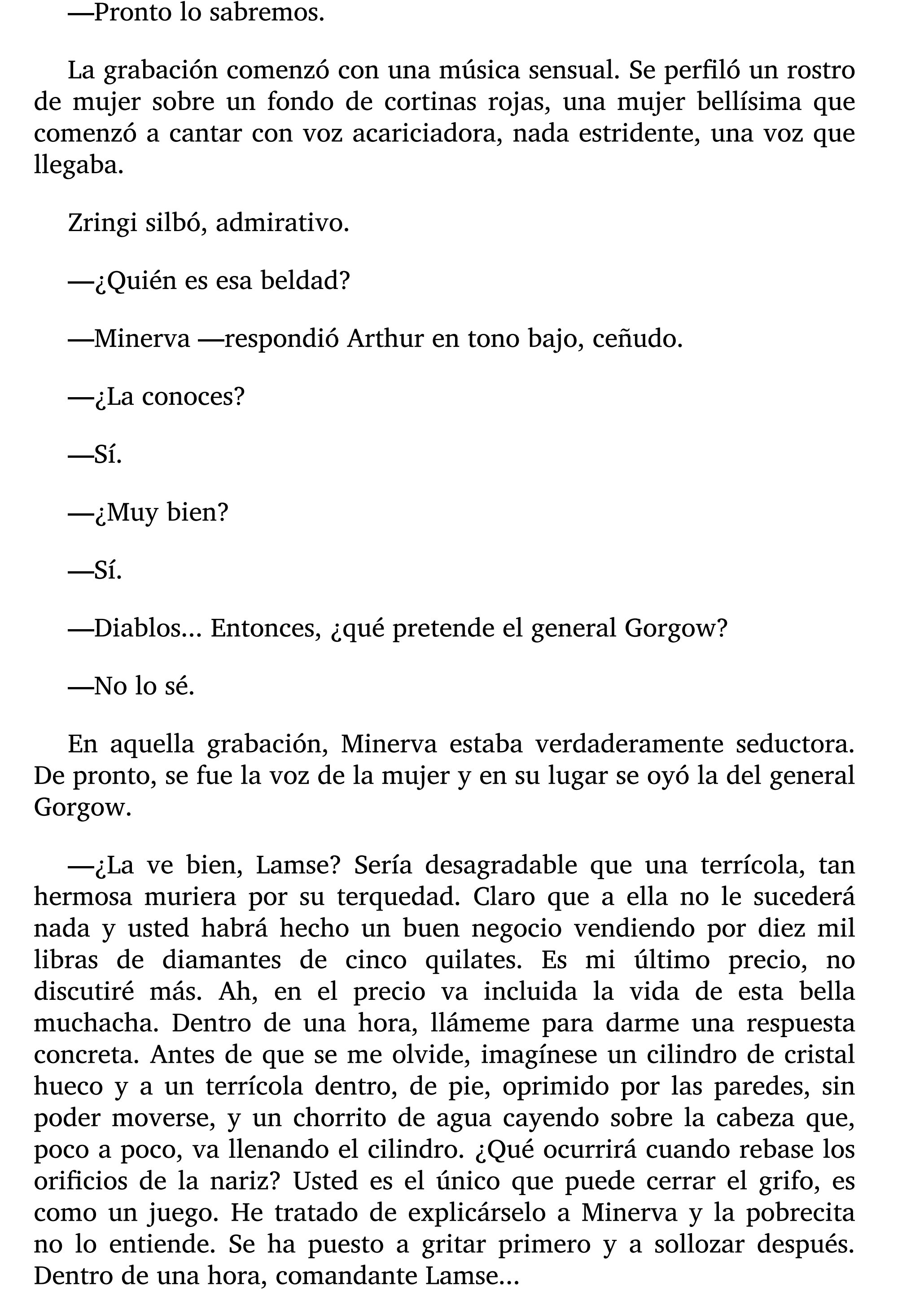
—Conozco el libro, general, pero hay una diferencia.

—Comandante Lamse, tengo una grabación para usted. Me gustaría que la viese antes de continuar hablando.

—¿Una grabación, cree que puede interesarme?

—Estoy seguro de que sí.

—Pues adelante.



Zringi, en voz baja, preguntó a Arthur:

—¿Qué es lo que trama este tipo?

—Pronto lo sabremos.

La grabación comenzó con una música sensual. Se perfiló un rostro de mujer sobre un fondo de cortinas rojas, una mujer bellísima que comenzó a cantar con voz acariciadora, nada estridente, una voz que llegaba.

Zringi silbó, admirativo.

—¿Quién es esa beldad?

—Minerva —respondió Arthur en tono bajo, ceñudo.

—¿La conoces?

—Sí.

—¿Muy bien?

—Sí.

—Diablos… Entonces, ¿qué pretende el general Gorgow?

—No lo sé.

En aquella grabación, Minerva estaba verdaderamente seductora. De pronto, se fue la voz de la mujer y en su lugar se oyó la del general Gorgow.

—¿La ve bien, Lamse? Sería desagradable que una terrícola, tan hermosa muriera por su terquedad. Claro que a ella no le sucederá nada y usted habrá hecho un buen negocio vendiendo por diez mil libras de diamantes de cinco quilates. Es mi último precio, no discutiré más. Ah, en el precio va incluida la vida de esta bella muchacha. Dentro de una hora, llámeme para darme una respuesta concreta. Antes de que se me olvide, imagínese un cilindro de cristal hueco y a un terrícola dentro, de pie, oprimido por las paredes, sin poder moverse, y un chorrito de agua cayendo sobre la cabeza que, poco a poco, va llenando el cilindro. ¿Qué ocurrirá cuando rebase los orificios de la nariz? Usted es el único que puede cerrar el grifo, es como un juego. He tratado de explicárselo a Minerva y la pobrecita no lo entiende. Se ha puesto a gritar primero y a sollozar después. Dentro de una hora, comandante Lamse…

La comunicación se cortó bruscamente.

—Vaya, ha desaparecido —observó Zringi viendo que la pantalla se tomaba azulada.

—i Hijo de perra! —bramó Arthur—. No esperaba que hiciera una cosa así.

—Toda la videocomunicación ha quedado grabada. Si deseas presentarla a la policía bipartita de Ganímedes...

—¿Y qué van a hacer ellos? Dirán que una grabación puede trucarse y además es cierto.

—Sí, es cierto, no sirve como prueba acusatoria, pero es suficiente para que la policía actúe. Después de todo, ha sido secuestrada una terrícola.

—¿Crees que harían algo?

—No sé hasta qué punto está sobornada la policía de Ganímedes, aunque por las referencias que tengo, no puedes fiarte demasiado.

—Y no me fío en absoluto, tendré que actuar por mí mismo.

—Acepta el pago, Arthur, no tienes otra salida si deseas salvar a esa joven. Ya está todo demasiado complicado.

—Eso sería declararme vencido.

—¿Piensas arriesgar la vida de esa mujer? —preguntó Zringi, incrédulo.

—¿Tú no lo arriesgarías?

—Soy un cosmonauta aventurero, pero no arriesgaría la vida de una mujer así aunque ella no me quisiera.

—¿Y si fuera más fea? —inquirió Arthur con sorna.

—¿Esa pregunta va en serio? —se asombró Zringi.

—Sí, ¿por qué no? —se sonrió Arthur Lamse que no parecía dispuesto a dejarse vencer por la situación.

—Arthur, te cedo mi parte, pero salva a esa mujer aunque sea tu chica y yo tenga que buscarme a otra.

—¿Eres capaz de dar tu parte por su vida?

—Claro.

—Bien, Zringi, si me aparejo con ella tú serás el testigo de excepción. Ahora vamos a grabar.

—¿El qué?

—Un mensaje para el general Gorgow.

—¿No vas a hablarle en directo?

—No. Tú pondrás la grabación, dentro de una hora yo ya estaré lejos de aquí.

—¿Regresas a Ganímedes?

—Sí. Antes tengo que hacer algunas cosillas, pero es mejor que no me preguntes.

-—De acuerdo, no haré preguntas. Veo que vas a salvar a la chica.

—No perdamos tiempo, Zringi, vamos a grabar. Tengo muchas cosas que hacer y ninguna de ellas es fácil.

—Arthur, sé que ya has pensado algo para jugársela a ese bicho de general.

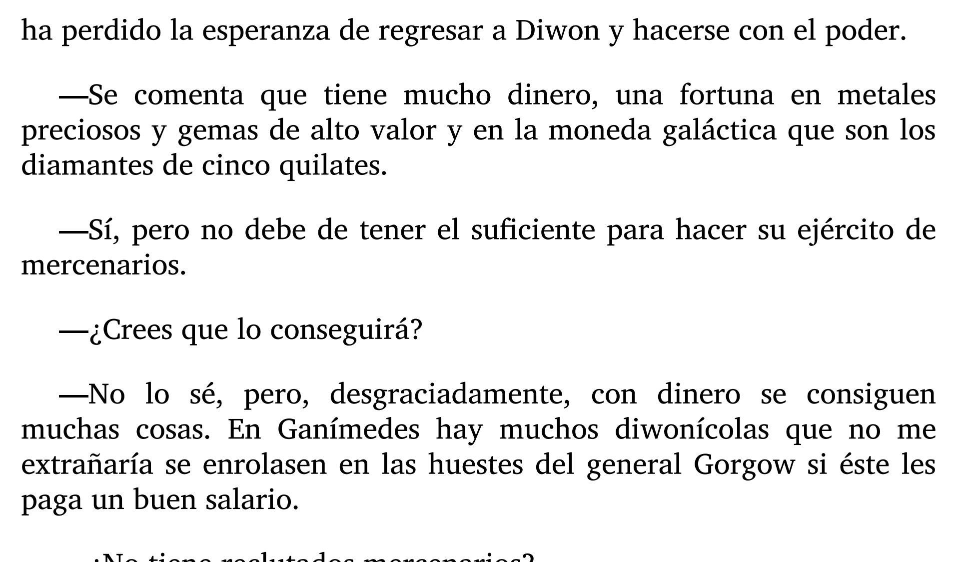
—Ya te he dicho que no voy a rendirme ante ese déspota. Quiso dominar su planeta y cuando se dieron cuenta de su ambición, consiguieron expulsarlo de Diwon.

—Tengo entendido que se largó.

—Sí, así fue. En realidad, la expulsión fue una medida política de los del parlamento de Diwon, porque el general. Gorgow había ya conseguido escapar. Si lo llegan a atrapar, lo habrían ejecutado o, cuando menos, habría pasado el resto de sus días en prisión. El general Gorgow se ha ganado a pulso su fama de tirano asesino. Los que le siguen son mercenarios y algunos fanáticos que creen que el general Gorgow puede darles un gobierno totalitario. Ellos serían los perros, la aristocracia comandada por el gran amo.

—Pero el general fracasó —objetó Zringi.

—Sí, fracasó, de eso se libraron, pero todos saben que el general no



ha perdido la esperanza de regresar a Diwon y hacerse con el poder.

—Se comenta que tiene mucho dinero, una fortuna en metales preciosos y gemas de alto valor y en la moneda galáctica que son los diamantes de cinco quilates.

—Sí, pero no debe de tener el suficiente para hacer su ejército de mercenarios.

—¿Crees que lo conseguirá?

—No lo sé, pero, desgraciadamente, con dinero se consiguen muchas cosas. En Ganímedes hay muchos diwonícolas que no me extrañaría se enrolasen en las huestes del general Gorgow si éste les paga un buen salario.

—¿No tiene reclutados mercenarios?

—No es idiota... Ese ambicioso general debe pensar que para qué pagar salarios de un ejército de mercenarios que no puede entrar en batalla. Si pudiera pagar a los suficientes para iniciar una invasión de Diwon, no dudaría en contratarlos, pero sabe que con lo que tiene no reuniría a suficientes milicianos mercenarios. Debe de esperar una gran ocasión que le favorezca.

—¿Crees que se le presentará esa ocasión?

—Si no me equivoco, él cree que la ocasión ya se le ha presentado, por eso no quiere perderla.

—¿Ahora?

—Sí, ahora, y no sigamos charlando, tengo el tiempo muy justo. Cuando el general pregunte por mí, le pasas la grabación.

—¿Y si se queja?

—Le dices que has pasado la grabación que yo te he encargado porque yo estoy camino de su cuartel general, de su búnker.

—Un momento, Arthur.

—¿Qué?

Se detuvo antes de llegar frente a la cámara de grabación que absorbería su imagen y su voz.

—Yo te he pedido que salves a la chica, pero no que seas idiota.

—¿Idiota?

—Sí, hombre. Si vas a la guarida del tirano puede que no salgas con vida ni con nada. Si ve la forma de ahorrarse las diez mil libras de diamantes, no vacilará en hacerlo. Con ese dinero galáctico, puede pagar a muchos mercenarios que arriesgarán sus vidas con tal de sentarlo en el trono del poder en Diwon.

—Una advertencia con la que ya contaba, Zringi. Sé lo que me juego, es muy posible que el general me haya preparado una trampa.

—¿Y vas a meterte de cabeza en ella? Arthur, tú eres un tipo listo.

—Gracias y no te preocupes, no me atrapará. Ahora, calladito, voy a empezar la grabación. Pondré cara de compungido aceptando su proposición.

—Haz una de tus mejores interpretaciones, Arthur» seguro que el general se la traga.

CAPITULO X

El general Gorgow expulsó el aire de sus monumentales pulmones de diwonícola. Vació el aire y, con el aire, todos sus temores.

Los problemas se habían solucionado, acababa de oír la grabación en la que el mismísimo Arthur Lamse le comunicaba su aceptación y que se dirigía a su guarida.

—¡Al fin dominaré Diwon!

Tuvo una explosión de alegría y golpeó con sus puños la mesa. No había rabia en aquella acción del hombre de aspecto primitivo desde el punto de vista de los terrícolas.

Su gran mandíbula, sus uñas puntiagudas y aceradas, su piel escamosa tan distinta a la de los terrícolas, sus ojos grandes, de iris cambiante.

Había esperado tanto aquella ocasión... Era el principio de su poder. La suerte había llegado para él cuando menos lo esperaba, al fin había quedado al alcance de sus manos armadas de garras y sólo había tenido que cerrar y apretar. La suerte no se le escaparía esta

vez, poco sabían en Diwon lo que les aguardaba.

Abandonó su enorme despacho con cúpula de cristal desde el que la panorámica de Júpiter se veía ahora inmensa.

Bajó por un ascensor al fondo de su reducto y avanzó por un túnel. Al pasar, vio a varios de sus hombres, siempre armados, siempre vigilantes, hombres que le saludaban militarmente al pasar frente a ellos.

El general Gorgow exigía una auténtica disciplina castrense en torno suyo.

Todo a su paso estaba bien iluminado, perfectamente aséptico, con paredes bien cementadas por las que no se filtraba la humedad del subsuelo.

Una puerta se abrió automáticamente frente a él y entró en una amplia sala muy iluminada en cuyo-centro había un cilindro de cristal puesto vertical en el suelo. Estaba hueco y dentro de él se hallaba Minerva que ni siquiera podía alzar sus brazos debido a la estrechez del cilindro que contenía agua que iba cayendo sobre su cabeza, agua cuyo nivel llegaba ya a la cintura de la bellísima terrícola.

Boriac, sentado en una butaca, contemplaba su obra de tortura con verdadero deleite, disfrutaba viendo sufrir a la muchacha. Jamás había simpatizado con los terrícolas a los que consideraba fatuos y cínicos.

Apoyaba plenamente las ideas de su general, ideas que éste no manifestaba en público, y en estas ideas quedaba bien claro su desprecio total hacia la especie humana terrícola.

—¡Mi general!

—Bien, Boriac, puedes cerrar el grifo del agua.

Minerva apenas oía la voz de los diwonícolas, más bronca de lo que podía resultar una voz terrícola. Quedaba distorsionada por el grueso cristal del cilindro y por el agua que caía sobre su cabeza, pero creía que su situación iba a mejorar.

Boriac cerró el grifo y el agua dejó de caer sobre la bella mujer.

El general Gorgow sacó de su bolsillo un telecomunicador que estaba conectado con otro que se hallaba en lo alto del cilindro, lejos

del alcance de las manos de Minerva.

—¿Me oyes, hembra terrícola?

—-Sí, sí le oigo, sáqueme de aquí, sáqueme, se Io suplico.

—No tan aprisa. Ya habrás visto que hemos cortado la entrada del agua.

—Sí, pero sáqueme, sáqueme, no puedo resistir más.

—Esperaremos a que venga tu amado terrícola, el comandante Lamse. ¿No es así como lo decís en la Tierra, en vuestra estúpida y degradada civilización?

—¡ No le entiendo, no le entiendo, sáqueme de aquí l

—Estás obcecada, no entiendes nada, qué pena.

—¿Dónde, dónde está el comandante Lamse?

—Ah, eso sí lo entiendes.

—¿Dónde está? —insistió.

El general Gorgow, que le hablaba a través del telecomunicador para no quedar frenado el diálogo por la barrera del cristal, prosiguió:

—El comandante Lamse está de camino.

—¿Qué es lo que quiere de él?

El general Gorgow se rió antes de decir:

—Que me dé un contrato de compraventa de una chatarra espacial que yo le pago a buen precio. Después subirá una nave mía para hacerse cargo de ella y soltará los anclajes con que la retienen, eso es todo.

—¿Todo?

—Sí, ¿no lo crees?

—No, no lo creo, no me habría torturado de esta forma si sólo fuera eso, no lo creo —casi gritó Minerva, angustiada por su situación.

—Pues es así. Sin ese contrato, yo no puedo hacerme cargo de la nave, las autoridades de Ganímedes se me echarían encima y no quiero tener problemas ahora, precisamente en este momento no me interesa. Más tarde, dentro de unos cientos de horas, ya oirán hablar de mí y eso será cuando ya nadie pueda impedirlo.

—¿El qué?

El general Gorgow volvió a reírse.

—Será mejor que hablemos del comandante Lamse, es un sujeto que se cree muy listo. Si hubiera aceptado mi oferta desde un principio, no habríamos llegado a esta situación. Lo que te sucede a ti, hembra terrícola, se habría podido evitar.

—Ahora ya nada se puede evitar —intervino Boriac.

—A Boriac no le cae nada bien el comandante Lamse. ¿No es cierto, mi apreciado Boriac?

—Me atacó por sorpresa.

—Y dos veces —puntualizó el general Gorgow—. Hay que admitir que ese terrícola al que amas es un luchador nato, un luchador incansable, por eso hay que ir con cuidado con él y no dejarle demasiado suelto. Es peligroso subestimarle.

—El comandante Lamse es noble y valiente. Ustedes, ustedes quieren exterminarlo, ¿no es cierto?

—Boriac, dile lo que tú deseas a la hembra terrícola.

—No vivirá mucho tiempo, eso es tan seguro como que Júpiter está ahora sobre nosotros.

—Ya lo ves, hembra terrícola, Boriac le tiene un rencor personal. No sé qué podré hacer yo por mitigarlo... Por cierto, debe estar al llegar, de un momento a otro mis servicios de seguridad me notificarán su llegada.

El general Gorgow estaba muy seguro del funcionamiento de sus servicios, mas no contaba con la astucia terrícola, una astucia que Arthur Lamse llevaba impresa en su memoria genética

CAPITULO XI

El propietario del Sídero Club, que era un terrícola, escuchó atentamente la explicación de Arthur Lamse. Sostuvo su quijada con la mano y al final preguntó:

—¿Y qué sugiere que pueda" hacer yo en todo este asunto?

. —Ayudarme.

—Es muy peligroso teniendo delante al general Gorgow. Sus matones o milicianos mercenarios, como algunos los llaman, pueden venir aquí en el momento más inesperado y reducir a cenizas mi club. Francamente, no quiero exponerme a tanto.

Arthur Lamse miró unos instantes con intensidad a Paolo Donatti, un hombre de estatura media tirando a baja, robusto. Debía haber sido un atleta en su juventud y ahora era un sujeto muy cuidado que no dejaba escapar ocasión para gozar de los más refinados placeres.

—Ellos tienen a Minerva, la han secuestrado.

—Minerva es una mujer importante para mi club, un espectáculo que se cotiza, pero también estoy viendo que si usted la libera, se la llevará consigo y de todas maneras me quedaré sin la atrayente y sensual estrella,

—¿Cuánto perderá, si ella se apareja conmigo?

—No sé bien, quizá hasta quinientas librasˆ de diamantes de cinco quilates.

—¿Tanto?

—Es el mejor espectáculo que tenemos ahora en Ganímedes y eso se cotiza caro. Traer estrellas desde el planeta Tierra, Diwon o cualquiera de las colonias diseminadas por planetas y lunas, es muy caro y difícil de conseguir. Todos los locales reclaman para sí las mejores atracciones, los aventureros pagan precios altos.

—Precios abusivos —rectificó Arthur.

Paolo Donatti sonrió.

—Siempre ha sido así, la ley de la oferta y la demanda es el mercado universal de las atracciones.

—Está bien. Si la sacamos del apuro en que se encuentra, cuente con esas quinientas libras de diamantes de cinco quilates.

—Magnífico, eso es hablar con números y no con sentimientos, pero ¿quién pagará?

—Yo.

—¿Tiene semejante cantidad disponible?

—Si me da lo que necesito, la tendré dentro de poco.

—¿Se la pagará el general Gorgow?

—Sí.

—En realidad lo que me propone es un riesgo.

—Un riesgo en el que su nombre no se verá involucrado. Después de todo, si yo no acudo a la cita, Minerva desaparecerá bajo la tortura de los verdugos que tiene el general Gorgow y usted habrá perdido su mejor atracción y también las quinientas libras de diamantes, es decir, habrá perdido la oportunidad de hacer un buen negocio con muy escaso riesgo.

—Sabe usted plantear las cosas, Lamse, creo que no me iría nada mal como socio. ¿Dispone de capital para comprar acciones?

—¿Acaso quiere vender su Sídero Club?

—No, no, todo lo contrario, quiero ampliarlo y montar una sucursal a dos millas del lago Rubí.

—Es un lugar espléndido.

—¿Lo conoce?

—Sí.

—Pues sabrá que allá van muchos turistas adinerados.

—¿Qué le parece si de ese tema hablamos en otra ocasión? Ahora tengo, los minutos contados, el general me espera.

—¿Cree que con cuatro hombres que puedo proporcionarle será suficiente?

—Sí, dos terrícolas y dos diwonícolas. No les va a ocurrir nada, pero han de ir uniformados de policía de seguridad.

—¿Y por qué no los pide en la propia policía? Sería un servicio al que tiene derecho, usted corre un- peligro y dice que Minerva está secuestrada.

—No me fío.

Paolo Donatti se rió abiertamente. Echándose hacia atrás, comentó:

—Yo, en su lugar, tampoco me fiaría. La policía de seguridad está muy sobornada aquí. El delito más perseguido es matar a uno de esos policías de seguridad, ya que entre ellos se protegen.

—Sí, eso he oído.

—Bien, Lamse, hablemos de dinero. ¿Cuándo me pagará?

—¿Las quinientas libras de diamantes de cinco quilates?

—Eso es.

—Cuando haya cobrado, ya se lo he dicho.

-—¿Por qué no le sugiere al general Gorgow que le haga una tarjeta duroplástica de alta seguridad e intransferible, a cuenta del Diwon Union Bank?

—¿Tiene el general cuenta en ese Banco?

—Sí.

—Está usted bien informado —le observó Lamse.

—Es mi obligación al tener un Sídero Club. En ocasiones, mis clientes se quedan sin dinero y quieren pagar con tarjetas de crédito, y hay muchas que ofrecen menos garantías que un meteoro volando a un año luz, no valen nada. Por eso debo estar informado sobre los clientes y sus cuentas. El Diwon Bank puede pagar esa cantidad diez veces si es necesario.

—Acepto su sugerencia. Si no ocurre nada, antes de veinticuatro horas tendrá usted una tarjeta de crédito por la cantidad de quinientas libras de diamantes de cinco quilates.

—¿Ve cómo vamos entendiéndonos, comandante Lamse? —Sonrió y al mismo tiempo abrió su dictáfono para llamar seguidamente por él —. Nelson…

—Le oigo, jefe.

La voz que había respondido desde el otro lado del telecomunicador sonó nítida.

—Di a Garret, a Murray, a, Olky y a Nakio que vengan de inmediato a mi despacho.

—En seguida, jefe.

—¿Son los cuatro hombres que me presta por un par de horas? —inquirió Arthur.

—Sí.

—¿No harán preguntas?

—Ninguna, yo respondo de ellos.

—¿Y los uniformes?

—No tema por ellos.

No tardó en abrirse la puerta del despacho personal del propietario del Sídero Club.

Los cuatro hombres, dos terrícolas y dos diwonícolas, iban vestidos con el uniforme de la policía de seguridad del gobierno bipartito que controlaba Ganímedes.

—Nelson ha dicho que viniéramos —dijo uno de ellos.

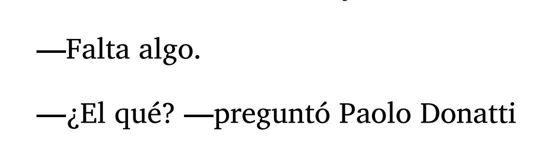
— Sí, es correcto. Acompañaréis al comandante Lamse, le daréis escolta y protección, no haréis ninguna pregunta. Cualquier daño que se le haga a él, será como si me lo hicieran a mí. Debe hacer un cobro y no quiero que suceda nada.

—¿El asunto es legal o ilegal? —preguntó uno de los diwonícolas uniformados, mirando a Lamse.

—Totalmente legal —afirmó al propio Arthur—, sólo que el pagano es un poco moroso.

—¿Lo habéis oído? Es un poco moroso y yo quiero cobrar. Nada de preguntas y a proteger, como es propio del uniforme que vestís, a un honrado contribuyente.

Uno de los terrícolas objetó ahora:



—Falta algo.

—¿El qué? —preguntó Paolo Donatti

—¿Quién nos pagará a nosotros?

—Yo —dijo Paolo Donatti—. Si lleváis bien el asunto, no tiene por qué haber ni un solo disparo, será el trabajo más sencillo que hayáis hecho jamás. En cambio, yo os pagaré doble de lo acostumbrado.

Los cuatro asintieron, satisfechos.

—Entonces, andando —les dijo Arthur, poniéndose en pie.

—Estos policías de seguridad no son full —le explicó Donatti antes de que se alejaran—. Quiero que vaya tranquilo sabiendo que son auténticos, sus documentaciones están en regla.

Arthur asintió con la cabeza mientras pensaba en lo fácil que era sobornar a la policía de seguridad en Ganímedes. Bastaba con tener dinero y ser un personaje o personajillo.

Si Paolo Donatti había escogido a aquellos cuatro individuos, es que podía fiarse de ellos. Era de suponer que antes le habían hecho muchos trabajos pagados, claro que si eran ilegales, debían percibir una tarifa más- elevada.

—Vamos, afuera tengo mi vehículo —les dijo Lamse, echando a caminar con seguridad, dominando la situación.

Miró su reloj, llevaba retraso y el general Gorgow debía estar poniéndose nervioso a causa de su tardanza. No deseaba que hiciera pagar su mal humor a su víctima, que no era otra que Minerva.

CAPITULO XII

—¡ Alto, identifíquese!

La voz penetró en el vehículo pilotado por Arthur Lamse a través del receptor y también por las paredes del propio A.T.H., ya que la voz había brotado de unos ocultos pero potentísimos altavoces escondidos en el césped que cubría la planicie.

Los cuatro miembros de la policía de seguridad se quedaron unos instantes en tensión. Iban bien armados, no sólo llevaban las pistolas, sino los fusiles incinerantes dispuestos. El uniforme y las placas que portaban consigo valían mucho.

—Soy el comandante Arthur Lamse, me están esperando —dijo, deteniendo el vehículo para no contravenir ninguna de las órdenes.

Hubo un instante de silencio, un instante de espera. Al fin, la voz respondió:

—Siga las indicaciones, no se salga del camino.

Del propio césped emergieron unos cilindros de dos o tres pulgadas de diámetro que centelleaban. Pese a la luz diurna, se podían ver perfectamente.

—Adelante —dijo Arthur, siguiendo las instrucciones—. Todo lo demás está minado y electrificado aunque no se vea: un millón de voltios pasarán por los cables invisibles. Aunque con este vehículo A.T.H. que se desplaza sobre colchón de aíre pasemos sin tocar el suelo a tres pies de altura, quedaríamos carbonizados lo mismo, nos atraparía la potente descarga eléctrica.

Mientras el vehículo avanzaba por las señalizaciones, los cuatro miembros de la policía de seguridad se relajaron. Todo parecía marchar bien.

De pronto, frente a ellos se levantó una gran porción de césped dejando al descubierto un gran túnel que se hundía en el subsuelo. Arthur Lamse conocía bien el camino y no vaciló en introducirse por el túnel. Se acordaba aún de que la vez anterior había salido de allí a punta de fusil corto.

Circuló por los túneles siempre siguiendo las indicaciones centelleantes que le marcaban el camino hasta llegar al estacionamiento donde aguardaban Boriac y dos' diwonícolas de las huestes del general Gorgow.

Boriac torció el gesto sin disimulo alguno al ver los uniformes de la policía de seguridad de Ganímedes.

—Tenía que venir solo —le dijo Arthur Lamse con un gruñido.

—Nadie me ha pedido que venga solo. Además, vengo a hacer un negocio y quiero tener seguridad de que todo se hará en completo

orden. No me gustan las sorpresas a posteriori, todavía me acuerdo de mi anterior visita.

—No sé si el general Gorgow podrá recibirle en las presentes circunstancias —le objetó Boriac.

—En ese caso, me marcho.

Arthur Lamse hizo gesto de volver a introducirse en el vehículo y Boriac se asustó.

—Espere, consultaré.

Se alejó para que no pudieran oírle y habló unos segundos con el telecomunicador que le ponía en contacto con el mismísimo general Gorgow. Al fin, regresó junto a Lamse.

—Dice que está bien, pero que ellos se quedan aquí.

—No, aquí se queda uno para vigilar mi vehículo. —Se volvió hacia los cuatro policías uniformados, centró su mirada en un terrícola y le ordenó—. Quédese aquí y que nadie se acerque a mi A.T.H. No sea cosa que algún gracioso quiera gastarnos una broma colocando un petardo en el «carro» para asustarnos. Usted comprende, ¿verdad?

El policía sonrió, asintiendo; había comprendido.

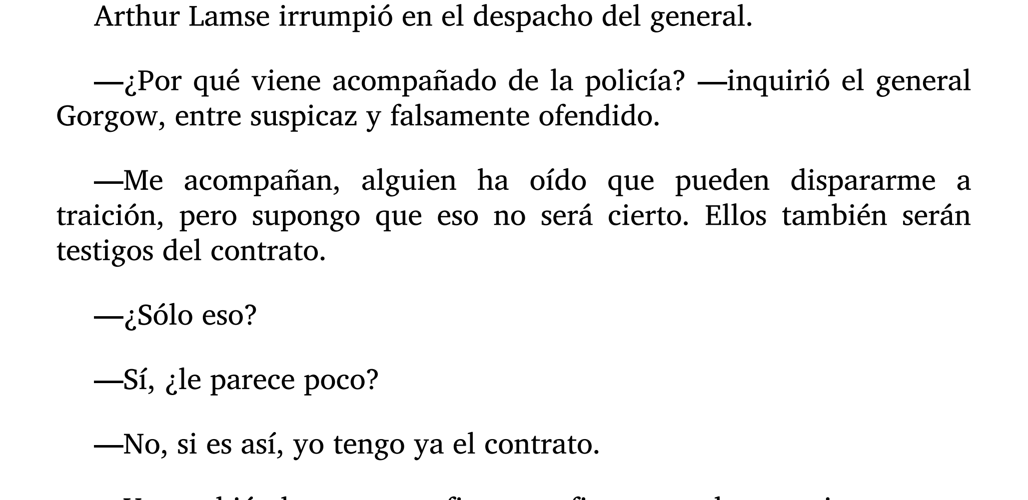
Boriac insistió:

—El general ha dicho que usted solo.

—En ese caso, quédese aquí, Boriac, yo ya conozco el camino. Por cierto, si me lo encuentro fuera de aquí, en la metrópoli o donde sea, usted y yo tendremos una charla nada amistosa. Ahora voy a ver al general, tengo un negocio que hacer con él, ya lo sabe. Si usted no quiere guiarme, allá usted. —Se volvió hacia los policías y les pidió—. Síganme.

Boriac, al ver que se le escapaba la situación, se molestó y echó a andar, adelantándose a Arthur para encabezar la comitiva.

Subieron en un amplio ascensor y llegaron a un antedespacho desde el cual partía una escalera que ascendía al reducto del general Gorgow que para su uso personal poseía otro ascensor que no dejaba utilizar a nadie más.



Arthur Lamse irrumpió en el despacho del general.

—¿Por qué viene acompañado de la policía? —inquirió el general Gorgow, entre suspicaz y falsamente ofendido.

—Me acompañan, alguien ha oído que pueden dispararme a traición, pero supongo que eso no será cierto. Ellos también serán testigos del contrato.

—¿Sólo eso?

—Sí, ¿le parece poco?

—No, si es así, yo tengo ya el contrato.

—Yo también lo tengo, prefiero que firmemos el que traigo yo.

—En ese caso, deberá revisarlo mi ordenador para comprobar que esté en regla.

—¿Su ordenador está al corriente de todas las leyes?

—Sí.

—Magnífico, así no habrá error posible. Ah, y tal como acordamos, el precio por la cosmonave nakru será de diez mil libras de diamantes de cinco quilates.

El general Gorgow miraba receloso al terrícola, como temiendo que de un instante a otro se cerrara una trampa en la que él quedara atrapado.

Le veía demasiado seguro de sí, demasiado resuelto. Esperaba que llegara suplicando o muy agresivo, pero no, parecía tan tranquilo.

—Si todo está en orden, ese es el precio que ofrecí.

—Pues aquí está el contrato de compraventa. La cosmonave nakru me pertenece porque yo la encontré en el espacio. Ahora se la vendo a usted ya que tanto le gustan las momias siderales.

El general cogió el contrato y lo leyó atentamente bajo la mirada de Boriac, de los policías de seguridad y de Arthur Lamse que aguardaba.

—Parece que está en orden —dijo.

—En realidad, en un contrato muy corto, no hay que especificar más que compra la nave con todo su contenido. ¿No es así?

—Exactamente.

Gorgow introdujo el documento sobre una superficie plana, boca abajo. Era una máquina-lectora que transmitía el mensaje a un ordenador. El general tecleó en una máquina anexa y esperó. Al poco, salió el resultado.

«Positivo, documento correcto.»

—Mi abogado electrónico dice que todo está bien.

—Entonces, ¿ya podemos firmar?

—Sí.

Boriac también miraba a unos y a otros, receloso, temiendo alguna treta en el momento menos pensado.

—Primero, un cheque de alta seguridad contra su cuenta corriente en el Diwon Union Bank.

—¿Por qué en ese banco, precisamente?

—Porque allí pagan esos cheques de alta seguridad que no se pueden anular.

—¿No se fía?

—¿Se nota?

—Está bien, le extenderé un cheque contra el Diwon Union Bank si se obstina en ello, pero no es el mejor ni el más seguro de los bancos que existen en Ganímedes.

—Es posible, pero para mí es suficiente. Ah, y que Boriac vaya a buscar a Minerva. Quiero que ella sea testigo de esta firma.

El general miró a los policías de seguridad. Al ver que ellos rio hacían ningún gesto hostil, dijo a su fiel Boriac:

—Vaya a buscar a la señorita y dígale que su amigo Arthur Lamse la está esperando, que no se entretenga.

Boriac suspiró y salió del reducto del general.

—¿Toma siempre tantas precauciones, comandante Lamse? —preguntó el genera! Gorgow, como haciendo tiempo para que llegara Minerva.

—Cuando hay tanto dinero en juego, debo tomarlas. Por cierto, ¿siguen siendo las momias lo que tanto le interesa de la cosmonave nakru?

—Naturalmente. Ya sé cae esto no puede entenderlo un terrícola como usted, per? es así.

—Bien, bien, pues a m: la verdad, esas momias no me interesan en absoluto. Ah. me olvidaba de decirle que a bordo hay un robot un poco peligroso del que no se entiende nada.

—¿Peligroso, dice?

—Sí, he tenido que bloquearlo y pegarle cinta adhesiva sobre su ojo electrónico para que si se recarga no vea nada, no sea que vaya a cometer un estropicio.

—¿Ha hecho ya algo desagradable?

—Sí. Ah, aquí está Minerva...

La joven entró como desorientada. Estaba pálida, desencajada, pero al ver al terrícola fue a su encuentro, abrazándosele.

—¡Arthur, Arthur!

—No temas, amor, todo va bien. Ahora, cuando el general firme el contrato, nos vamos. Luego tendremos tiempo para hablar.

El general Gorgow apretó los dientes al firmar y extender el cheque de alta seguridad por las diez mil libras de diamantes de cinco quilates que había pensado quedarse, pero estando los policías delante no había forma de atacar a Arthur una vez hubiera firmado.

No había imaginado que pudiera llegar escoltado por la policía a la que, al parecer, no había informado del secuestro de Minerva lo que, evidentemente, suavizaba la situación. Todos debían comportarse como si lo que estaban haciendo fuera lo más normal, lo más correcto y adecuado.

—Bien, quédese con el contrato y yo con el talón. Ahora no puedo decir que haya sido un placer conocerle, general; es mi deseo no

volver a verle jamás.

- Yo opino lo mismo. Ah, y antes de dos horas, una cosmonave mía partirá hacia la órbita en que usted tiene su cosmonave. Realizará los enganches oportunos y usted soltará los suyos.

—De acuerdo, yo mismo realizaré la maniobra de entrega de la nave. Que lo pase usted bien con sus momias siderales.

Nadie opuso resistencia, abandonaron el búnker sin problemas.

Minerva no se atrevía a decir nada ante la presencia de los policías de seguridad. Todo había salido bien y eso era lo importante. Ella había escapado a la tortura del cilindro con agua.

Arthur condujo el vehículo hasta el Diwon Union Bank donde aguardaba Paolo Donatti. Sonreía ampliamente al preguntar:

-—¿Todo ha salido bien?

—Sí, ahora cobrará su dinero.

—Magnífico. —Miró a la mujer—. Me alegro de que estés bien, Minerva.

—Gracias, Donatti.

—Donatti cobra quinientas libras de diamantes de cinco quilates por prestarme ayuda para rescatarte —le puntualizó Arthur para que ella se enterase de qué clase de sujeto era Donatti.

—Entonces, ¿su colaboración no ha sido desinteresada?

—Lo siento, querida, pero yo soy un hombre que siempre me he movido entre los negocios.

—Es usted repugnante.

Arthur Lamse tendió un talón a Donatti por la cifra pactada al tiempo qué le exigía:

—Deme la rescisión del contrato de Minerva.

—Sí, claro. He supuesto que me la pediría y la he traído conmigo.

Le entregó el documento a Arthur. que a su vez se Io dio a Minerva diciéndole:

—Es tu libertad.

Paolo Donatti se alejó con sus policías sobornados y cuando Arthur hubo abierto una- nueva cuenta a su nombre con la cantidad de nueve mil quinientas libras de diamantes de cinco quilates, le dijo a la muchacha:

—Tengo que ir a mi cosmonave.

—¿Me dejas que te acompañe? Ahora soy libre.

—¿Nos aparejamos?

—Si tú lo deseas, yo también, Arthur.

La estrechó contra sí y media hora más tarde despegaban de Ganímedes. Zringi les aguardaba, ansioso.

—¡ Al fin has regresado! ¿Cómo ha ido todo?

—Muy bien. Te presento a Minerva, es mi pareja.

—Encantado. ¿El general le ha hecho algún daño?

—No, pero podía habérmelo hecho. Eso sí, me ha asustado mucho.

—Zringi, voy a desenganchar la nave vendida —le advirtió Arthur.

—¿Qué haremos después?

—Te debo una parte de lo que he cobrado.

—Bueno, por eso no has de preocuparte.

—¿Te gustaría más que te diera en propiedad esta cosmonave en la que hemos pasado tantas horas juntos?

—La cosmonave vale mucho dinero, es tuya.

—Pues ahora será tuya, yo me largo al planeta; Tierra y ya veremos qué hago allí. Con una pareja como Minerva, es posible que tenga que hacer algo distinto en el futuro, no puedo condenarla a viajar eternamente entre las estrellas.

—Un momento, yo tengo algo que decir —objetó la muchacha.

—Pues habla, mujer —le pidió Arthur.

—Es mi deseo que tengas una cosmonave.

Zringi opinó:

—Con el dinero que le ha sacado al general, puede comprarse varias.

—Aceptado, me compraré otra cosmonave, pero ésta se la regalo a mi amigo Zringi que tanto me ha tenido que soportar.

—Eh, una nave se nos acerca —exclamó Zringi.

—Es el general Gorgow que reclama lo que es suyo —dijo Arthur—. Preparaos con los trajes de supervivencia, dile a Minerva dónde encontrarlo.

—¿Temes algún peligro? —preguntó Zringi.

—Sí, me temo que el general Gorgow va a montar en cólera de un momento a otro.

Arthur soltó todas las conexiones que tenía con la nave atrapada en el espacio, dejándola libre para el general Gorgow.

La cosmonave terrícola se apartó y la cosmonave de Gorgow ocupó su lugar, apoderándose de la nave del planeta Nakru.

—Ahora hay que alejarse, que viene lo malo —gruñó Arthur—. General Gorgow, general Gorgow, habla el comandante Lamse, ¿puede oírme?

Hubo de repetir la llamada varias veces mientras se alejaba más y más de Ganímedes en dirección al planeta Tierra.

—Sí, claro.

—Se me ha olvidado decirle que el mineral altamente radiactivo que había en los motores y que es desconocido para mí, lo arrojé al espacio por la tobera, pensé que podía molestarle.

—¿Cómo?

—Sí... No habría pensado usted emplear ese mineral superpoderoso para fabricar un cohete con el que amenazar a Diwon si no se sometía a sus dictados, ¿verdad?

—¡Hijo de perra, no has cumplido el contrato! —rugió.

—Ya lo creo que sí, general. El contrato especifica «todo lo que contiene la nave en el momento de la firma» y yo había arrojado fuera ese extraño y poderosísimo mineral del planeta Nakru antes de ir a verle a usted. Qué pena, ¿verdad? Dele recuerdos al robotoide, es un asesino, y cuide mucho a sus momias siderales.

El general Gorgow, que lo que deseaba era el mineral de xamonio y no las momias que sólo habían sido un pretexto para engañar a Lamse, sin haberlo conseguido, se puso furioso y gritó a través del intercomunicador:

—¡No llegarás lejos, comandante Lamse, te perseguiré hasta destruirte!

—No lo haga —advirtió Arthur—, sufriría un disgusto'. Puedo destruir su nave.

La réplica del general no se hizo esperar.

Desde donde estaba, lanzó un cañonazo láser hacia la nave terrícola que se alejaba más y más.

Arthur, como si hubiera estado esperando el ataque, logró desviarlo colocando un panel de reflexión bajo las toberas de popa. La fundente luz se desparramó en otras direcciones sin conseguir su objetivo.

—Adiós, general Gorgow, ya no pensará jamás en volver a tiranizar a nadie "—masculló Arthur mientras pulsaba el botón de un tele-detonador..

La cosmonave nakru estalló, convirtiéndose en una bola de fuego que alcanzó y engulló a la nave diwonícola, sujeta a ella.

Se produjo una segunda explosión que fue el fin del general Gorgow y su ambición de tiranizar a un lejano planeta del que había conseguido escapar con vida, llevándose cuantiosísimos tesoros que había tenido tiempo de robar antes de huir para que el peso de la justicia de Diwon no lo aplastara.

La cosmonave terrícola prosiguió viaje hacia la Tierra, ya no había nada que temer.

Zringi sería el nuevo dueño de aquella cosmonave que tantas singladuras espaciales había llevado a cabo y Minerva fue a refugiarse entre los brazos de Arthur.

No estaban en el lago Rubí, pero para ellos fue como si lo estuvieran mientras se besaban apasionadamente.

FIN